

SS
SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

EL 1313, NUMERO DE LA MUERTE

PETER DEBRY

El 13-13, número de la muerte

1.ª EDICIÓN
NOVBRE. - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

220 — Tres fantasmas. 249 — Rescate en Tonkin. 263 — Ron amargo. 265 — La muerte sobre ruedas. 274 — Horizontes febriles. 276 — Minutos antes de morir. 27 — Los marcados del Caribe. 294 — Técnico en raptos. 300 — Tras la pista del difunto. 303 — Los esqueletos del armario. 318 — Siete tumbas en Indochina.

En Colección PANTERA:

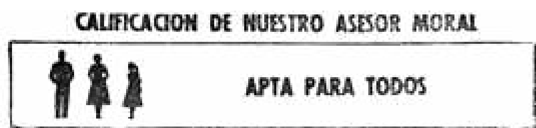
13 — Los guapos de la Legión. 18 — Tiburones en aceite. 41 — Zánganos en Arizona. 50 — Bajo la Cruz del Sur. 52 — Un legionario investiga. 55 — Robín de las Antillas.

En Colección CONGO:

26 — Soplo de terror.

En Colección ARIZONA:

4 — El regreso del cobarde.



Printed in Spain

Impreso en los talleres de **Editorial Bruguera, S. A**. - Proyecto. 2. - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

LA calle tenía una quietud opresiva, como si todas sus casas estuvieran deshabitadas. Eran edificios anticuados, de dos plantas y desván, con un raquítico jardincito delantero.

El porche hacia el cual se dirigía Kent Nolan era de piedra gris, con sucios barriles de madera carcomida, sirviendo de macetas a palmeras artificiales.

Sus pasos resonaron como si entrase en una caverna. Titubeó un poco antes de pulsar el timbre. No le hacía gracia tenerse que convertir en el protector de Glenda.

Pero recordando a Linda y su muerte atroz, se decidió a dar el último paso. Presionó el timbre con cierta exasperación.

Una mujer abrió la puerta, reteniéndola con la cadenilla de seguridad. Debía tener unos cincuenta años, y pensó Nolan que solo le faltaba una escoba, para ser la clásica bruja de los cuentos.

—¿Qué desea usted?

Hasta la voz era desagradable. Arañaba el oído.

—¿Es usted la señora Wagner?

Ella asintió. Tenía pupilas de un intenso negro, duras y recelosas.

—Me llamo Kent Nolan. Vengo por la chiquilla.

Dorothy Wagner abrió la puerta:

—Glenda está durmiendo. Tendrá usted que esperar.

—No tengo tiempo. He de llevármela ahora mismo.

Destellaron los negros ojos y el flaco rostro expresó reprobación:

—Debió avisarme con tiempo, señor Nolan. No he empaquetado las ropas de la niña. Ni siquiera he podido lavarlas.

—No importa. Ya me cuidaré de eso.

—No comprendo por qué no me dejan cuidarme a mí de la niña.

Kent Nolan no contestó. Detallaba la habitación en que acababa de precederle la señora Wagner. Alfombrillas de esparto, cortinajes pesados, polvorientos. Olor a humedad. Flores artificiales en jarrones desportillados.

El aire estaba viciado en aquel cuarto. Ninguna ventana abierta, ni un mal ventilador, pese a que el crepúsculo de aquel día veraniego fuera bastante caluroso.

Sin saber por qué, a Kent Nolan se le antojó que había prisiones más alegres que aquel caserón.

—¿Trae usted la orden del Tribunal de Menores? —pedía ella agriamente.

Kent Nolan sacó del bolsillo interior de su chaqueta el oficio firmado por el juez. Al efectuar el movimiento quedó visible el tirante de su hombro izquierdo, sosteniendo la pistola.

La señora Wagner estudió el documento con expresión desconfiada. Dijo por fin:

—La niña está aquí muy bien. No debería usted llevársela, al menos hasta que… tenga lugar la ejecución.

—Voy a llevármela hoy. Ahora mismo, señora. La Ley así lo ordena, ¿comprende?

—Pero usted, según tengo entendido, reside lejos.

—Muy lejos, y cambio mucho de residencia. De acuerdo. Pero es la hija de mi hermana, y no tiene otro pariente más que yo.

Dorothy Wagner dulcificó un poco su expresión. Veinte años antes había sido probablemente una mujer bonita, pensó Nolan.

Ella veía a un hombre moreno, de anchas espaldas, rostro duro, pupilas grises. Un buen ejemplar de pistolero decidido, pensó ella. Corrían rumores…

—¿Es indiscreción si le pregunto cuál es su profesión, señor Nolan? Lo hago en interés de la niña, ¿comprende?

—Comprendido. ¿Quiere avisar a la niña?

Volvía ella a ser la perfecta imagen de una bruja. Huesuda, angulosa y con algo varonil en sus andares.

Se dirigió a una puerta cercana, la abrió y dijo mimosamente:

—Pero si no está dormida mi pequeña… Fresca como una rosita. ¿Una sonrisita para mamá Dorothy?

Mimosa, resultaba aún más desagradable la señora Wagner.

Glenda Adriani estaba sentada, muy erguida en medio de su cama… Llevaba un pantalón de dudoso blanco y unos calcetines azules, remendados.

Su rostro era redondo, solemne, triste. De pequeños ojos negros, recelosos. Y unas trenzas que parecían acartonadas, acababan de completar su aspecto de golfilla, pensó Kent Nolan.

Glenda Adriani no sonrió. Replicó con voz aguda, firmemente:

—No estoy dormida porque hace demasiado calor. Y no tengo ganas de sonreír, ¿estamos?

«Vaya criatura más antipática», meditó Nolan, fastidiado.

—Te voy a vestir, y te irás con este señor, Glenda. Y yo lloraré mucho.

—Me importa muy poco que llore o no.

A pesar de que no le agradaba nada la señora Wagner, creyó Nolan que era preferible demostrar que serviría para tutor.

Avanzando, intervino:

—Hola, Glenda. Lo menos que puedes decirme es buenas tardes, ¿no?

—Buenas tardes —dijo secamente la chiquilla.

«Un encanto de mocosa», meditó Nolan. Pero tenía el cabello dorado, del mismo matiz de trigo que Linda…

—Con este hombre aquí dentro, no quiero arreglarme, señora Wagner. Este hombre mira como «Chuffy»…

—¡Niña! —recriminó la señora Wagner. Pero parecía complacida.

—Esperaré en el salón —indicó Nolan, que cerró la puerta al salir.

Pasaron apenas dos minutos, y apareció Dorothy Wagner.

—Ella misma sabe arreglarse y vestirse, señor Nolan.

—¿Quién es «Chuffy»?

La pregunta era pueril, pero convenía saber cómo pensaba aquella mocosa.

—«Chuffy» es un gato abandonado, que tiene mal genio —sonrió satisfecha La señora Wagner.

—Ya. ¿Sabe Glenda lo que… le espera a Mario Adriani?

—No, naturalmente que no. Me cuidé mucho de que no se enterara de que su padre va a ser ejecutado.

Pero las negras pupilas tenían algo huidizo, como serpentino…

—¿De veras no sabe nada?

—Ya fue suficiente para una niña de ocho años tener que oír a las vecinas comentando lo horrible que… Bueno, tuvo que ir al funeral.

Kent Nolan frunció el ceño.

—¿Por qué diablos la llevó al funeral, señora Wagner?

—Era lo más conveniente, ¿no? Naturalmente, no le permití que viera a su pobre madre… debido a cómo la pobre Linda había quedado. Su pobre rostro martilleado… Encontraron su cuerpo con el cráneo deshecho…

Atajó Nolan con un ademán impaciente, de furia contenida.

—Perdone, señor Nolan. Comprendo que aunque esté usted habituado a vivir entre violencias, el hecho de que Linda fuese su hermana…

—¿Qué le hace suponer que vivo yo entre violencias?

—La señora Mitchell, que residió en Chicago, dijo que creía haber leído algo acerca de Kent Nolan, en un reportaje sobre un tiroteo… Claro, que si los jueces han decidido confiarle la custodia de la pequeña…

—Eso es. Los jueces saben lo que se hacen. ¿Cuándo conoció usted a mi hermana?

—Alquilaron dos habitaciones del piso alto apenas llegaron a Los Ángeles. Él no tenía ni mucho menos la categoría de Linda. Se le veía mal educado. Y tenía muy mal carácter. Creo que se habían casado en Chicago, ¿no?

—Sí. Yo asistí a la boda.

La volvía a ver. Con su traje sastre blanco, con su dorado

cabello como una aureola bajo el sombrerito blanco. Brillantes los ojos como estrellas.

Y Mario Adriani, un buen mecánico, al que había conocido el día anterior. Un hombre guapo, amable, cariñoso…

Glenda Adriani entró. Vestía de azul, y había una mancha que parecía de café en su falda. La señora Wagner se inclinó para atar los cordones de uno de los zapatos negros, de suela desgastada.

—¿Quieres ponerte el sombrero, Glenda? —pidió ella mimosamente.

—Lo tiré a la basura —contestó Glenda, fríamente.

—Era ya viejo —notificó Dorothy Wagner, como excusando el abrupto—. Vas a ir con el señor Nolan, que es tu tío, ¿comprendes? Tendrás que ser buena, y obedecerle… mejor que a mí.

Glenda Adriani pareció medir el metro ochenta de su tío. Alzó los hombros en gesto de indiferencia.

Apartó el rostro cuando la señora Wagner la besó; y en la calle, Glenda frotóse la mejilla rabiosamente.

Fingió Nolan no verlo, pero ella, mirándole de soslayo, declaró solemnemente:

—No me gusta la señora Wagner. Ella sabe muchas cosas y es una bruja.

Kent Nolan meditó que lo esencial era que la chiquilla olvidase pronto aquella casa. Y aquella fecha. Que no pudiera recordarla con frases desagradables, como por ejemplo: «Fue cuando a mi padre lo ejecutaron. Porque mató a mi madre».

Bajaron del autobús, sin que ella hubiera dicho una sola palabra.

La maleta de fibra-cartón pesaba muy poco. Al día siguiente le compraría otro vestido, otros zapatos…

En las habitaciones del hotel, colocó Nolan la maleta sobre la cómoda, mientras Glenda se instalaba en la cama, daba unos saltos verificando la elasticidad de los muelles, y decretaba por fin:

—Esto sí que es una alcoba, señor.

—Llámame Kent, pequeña. O tío… Bueno, mejor será que me llames tío Kent.

—A mí me da igual. Pero a ver si se decide usted, ¿no?

Aquella niña necesitaba ir a la escuela, y recibir algunas

nalgadas. Pero Kent Nolan se había prometido ser paciente, ser un buen tutor. «Esfuércese en ser un buen padre adoptivo», le había dicho el juez.

La maleta, al ser abierta, desparramó olor a prendas sucias. Volvió a cerrarla Nolan. Era incomprensible que Linda tuviera tan abandonada a su hija. O lo más seguro era que Dorothy Wagner hubiese vendido la ropa buena, comprando prendas baratas…

Desde la cama, dijo Glenda:

—¿Sabe por qué tiré el sombrero a la basura?… Porque ella me obligó a ponérmelo cuando fuimos a ver un proceso.

Crispó Nolan las manos.

—¿Un proceso?

—Sí, y tomaron fotografías. Las vi en el periódico, y yo estaba horrorosa. Por eso tiré el sombrero.

—¿Quién te llevó allí?

—La señora Wagner. Me dijo que no parpadease cuando los fotógrafos me disparasen los magnesios. Yo siempre había creído que la magnesia era eso que le dan a una para los retortijones.

—¿Viste… viste a alguien allí en el proceso?

—Vi a papá. Ella me dijo que no era papá. Pero era. Estaba en un banco, sentado frente a una gran mesa donde había individuos de cara larga. Uno de ellos llevaba unas patillas. Papá no me miró ni una sola vez.

Aproximándose, Nolan palpó torpemente las trenzas.

—Bien, era posible que tu padre estuviera muy ocupado en negocios con los otros hombres, ¿comprendes? Bien… ¿Tienes hambre?

—Según —murmuró ella, recelosa.

—¿Cómo según?

—Si ha de ser sopa, arenque y queso, no tengo hambre.

—Ya… —sonrió Nolan…

Lo hacía escasamente. Y su duro semblante adquiría entonces una radiante expresión de humorismo.

—¿Qué preferirías cenar, pequeña?

—Eso de «pequeña» me molesta, ¿sabe usted? Pero si vamos a cenar pollo con lechuga blanca, y crema con fresas, le dejo llamarme pequeña.

—De acuerdo, Glenda. Lávate las manos. Cenaremos abajo, en el restaurante.

Mientras ella, dócilmente empinada sobre la punta de los pies, se frotaba la punta de los dedos bajo el chorro de agua, pensó Nolan que la principal víctima había sido ella. Tenía que decirle cosas que la hicieran olvidar.

—¿Qué comías con tu mamá?

Ya había cometido una torpeza. Glenda Adriani, estrujando la toalla, le miraba expresivamente. Con reproche elocuente, como dando a entender que los recuerdos de su madre eran cosa muy suya…

—Bueno, vamos a cenar, ¿eh? Pollo con lechuga blanca y un montón de fresas en nata, Glenda…

El restaurante estaba poco concurrido, y eligió Nolan una mesita esquinada. Glenda, más que comer, devoraba.

Evocó Nolan el pasado. La boda de su hermana Linda. Se despidieron para emprender viaje hacia el Canadá. Según parecía, él, Mario Adriani, tenía allá un buen empleo.

La guerra estallando meses después, le había tenido incomunicado con su hermana. Después, la permanencia en Berlín, su empleo de escolta, obligándole a viajar, y hallándose en La Habana, el exhorto judicial, llegándole a través de la agencia de Chicago.

Notificándole el asesinato y la conveniencia de que él se hiciera cargo de la pequeña, como tutor. Nueve años sin ver a su hermana, y ahora aquella chiquilla de cabellos dorados, difícil de manejar. Porque Kent Nolan entendía en «gangsters», chantajistas y peleas, pero de psicología infantil no tenía la menor idea.

Relamiéndose, anunció Glenda:

—Oiga, ¿usted siempre cena pollo con lechuga blanca, crema y fresas?

—Solo los domingos.

—Pues hoy es jueves.

Jueves. Viernes. Sábado. Domingo. Lunes… y el martes, Mario Adriani entraría en la cámara de gas.

Respingó sobresaltado, porque había oído un susurro:

—Él no fue. Usted cree también que fue él. Pero no fue.

Miró Nolan los labios infantiles. Y preguntó:

—¿Qué estás diciendo, pequeña?

—Nada.

Convenía apartar a la criatura de la ciudad. «Que mude de ideas, de ambiente, ¿comprende?», le había aconsejado el juez.

—Mañana iremos a un sitio bonito. Esta noche dormirás a fondo, y mañana, pues… iremos a un sitio bonito.

—¿Qué clase de sitio? —quiso ella saber, mientras subían en el ascensor.

—Tú misma podrás elegir. En mi maleta traje folletos.

—¿Y eso qué es?

—Pues… ya lo verás tú misma.

Las dos alcobas tenían puerta comunicante. Trajo Nolan folletos descriptivos de playas y lagos cercanos a Los Ángeles.

Pensaba que la fotografía de Glenda Adriani había estado en los periódicos. Había gente que podía reconocerla, porque era fácilmente identificable aquella criatura con su redondo rostro, solemne, arisco, de pequeños ojos negros desconfiados…

Glenda Adriani apartó los folletos con fotos de playas. Se abismó en la contemplación de uno, que representaba un lago de quietas aguas, con una hilera de cabinas bajo altos pinos, y un embarcadero con botes de remos.

—Esto sí que me gusta un rato largo, oiga —manifestó Glenda con graves cabezadas de aprobación.

—Bien, entonces ahora a dormir, y mañana mismo iremos a este sitio. Deja la puerta abierta, y si por la noche necesitas algo, ya sabes que duermo aquí a tu lado.

A veces los críos tenían pesadillas. Ya cerca de la puerta comunicante, recordó algo de pronto. Volviéndose, dijo:

—Supongo que todas las noches le rezas al Ángel de la Guarda.

—Claro. Y espero que usted también, ¿no?

—Claro, caramba. Buenas noches, Glenda.

Por teléfono encargó al empleado en recepción que preguntase si en Blue Lagoon Ressort tenían una cabina libre. Dio sus nombres, añadiendo el de Glenda pero con una variante: Glenda Nolan.

—¿Edad y grado de parentesco, señor? —quiso saber el empleado.

—Ocho años. Mi sobrina. Espero su respuesta.

Permaneció leyendo la prensa nocturna, hasta que sonó el teléfono. El empleado casi le dio una conferencia sobre Las costumbres veraniegas de Blue Lagoon.

Las cabinas dobles de la parte norte, estaban todas alquiladas. Pero al oeste del lago había unas cuántas, menos cómodas, naturalmente, porque estaban alejadas…

—Esas son las que me placen —interrumpió Nolan.

—Me tomé la libertad de reservar, para ulterior confirmación, una de la ribera oeste, señor.

—Muy bien hecho. Confírmelo. Llegaremos mañana mismo.

En pijama se asomó al abierto umbral. En la cama, Glenda también asomó el rostro, apartando la sábana tensa sobre su flaco cuerpo. Y dijo:

—Me gustaría poder dormir con la luz encendida. ¿Puedo?

—Puedes, pero se duerme mejor todo a obscuras, pequeña. Hasta mañana.

Kent Nolan se retiró, completamente convencido de que en psicología infantil era una nulidad. Glenda le había mirado como quien contempla a un retrasado mental. Y la luz quedó encendida toda la noche en su alcoba.

CAPÍTULO II

EL aire montañero olía a resina, mientras abandonando la carretera general, el «Olympia» penetró por el estrecho paso entre pinares, hacia el valle.

La laguna formaba varios entrantes, y una pancarta señalaba la ribera oeste. Aparcó Nolan bajo un dosel de pinos, donde ya había otros dos coches: un «Buick» azul y un «Ford» estilo rubia.

En la parte visible de la laguna había un bote de remos, con un solitario y paciente pescador.

De la hilera de ocho cabinas, se abrió la puerta de la más cercana, y salió una mujer, cubriendo a medias su bañador floreado con una capa corta de esponjoso tejido blanco.

Calzaba unas babuchas de rafia y sombreaba su rostro una ancha pamela pajiza. Morena, esbelta y respirando saludable juventud, pensó Nolan.

Se aproximó, y echando una rápida mirada a la pequeña, dijo:

—¿El señor Nolan?

—En efecto. Y esta es mi sobrina Glenda.

—Hola, Glenda —sonrió la desconocida.

—Hola —contestó escuetamente Glenda.

—¿Es usted la encargada de las cabinas, señorita…?

—Hilda Dorn. En realidad, el encargado es Thompson, pero anteayer se agravó su úlcera, y accedí a substituirle hasta su regreso. Puede elegir una cualquiera de las cuatro al final. Solo están ocupadas la mía, la de Thompson, y las otras dos.

—La última me gusta —decidió Nolan, sacando las dos maletas.

La cabina era pequeña, pero muy limpia y confortable. Con telas metálicas protegiendo de moscas y mosquitos. Una sala-comedor dando frente a la laguna, una cocina, un cuarto de aseo, y dos

literas.

—Si quieren nadar, tengan cuidado con los «embudos» a unos treinta metros de esta orilla —avisó Hilda Dorn, a la vez que colocaba una llave sobre la mesa—. Para las comidas, en esta ribera, preferimos guisarnos nosotros mismos. Es más cómodo que ir al restaurante de la ribera norte. Hay allí una tienda.

—Traemos lo necesario. Gracias por todo.

Hilda Dorn abandonó la sala, y pensó Nolan que eran curiosos los ojos de la señorita Dorn, amable relevo del ulceroso Thompson. Tenía los párpados sesgados hacia las sienes, en alto. Un poco orientales.

Glenda Adriani, con gestos aplicados, iba colgando la nueva ropa, adquirida por la mañana, a primera hora, antes de emprender el viaje.

—¿Quieres bañarte, Glenda?

—Remojarme lo justito. Aprendí a nadar en un lavadero, pero este charco es muy grande. Oiga, me gusta mucho el bañador que me ha comprado, ¿sabe?

—Lo celebro. Y ahora, ten cuidado. Mientras yo nado un poco, no te apartes más de veinte pasos de la ribera. ¿De acuerdo?

—«Okey».

El agua era fría, muy transparente. El sol brillaba esplendoroso y Nolan nadó con euforia. En realidad, eran unas vacaciones cortas, impuestas por la necesidad de hacer olvidar a la pequeña, el drama.

Le había ya abandonado la primera impresión de culpabilidad que tuvo al recibir en La Habana la noticia del asesinato. Nueve años sin comunicar con su hermana, dejándola casarse con un desconocido, parecía poco fraternal.

Pero en realidad, a partir de los dieciocho años, Linda se había independizado, y él también. Cada cual había vivido por su lado…

Nadando se aproximó al solitario bote, donde el pescador paciente seguía sentado, encorvado. Llevaba un sombrero pajizo, de alas curvadas hacia abajo, gafas negras, una camisa a cuadros y fumaba en pipa.

—Está muy fría por aquí —comentó Nolan, flotando boca arriba.

El pescador solitario asintió en cabezada lenta. No debía

gustarle que viniesen a remover las aguas por donde esperaba él truchas.

Se alejó Nolan hacia la ribera, para tenderse en la arena sobre la toalla.

A su lado, Glenda comentó:

—Me estuve remojando, y está muy fría.

Medio adormilado por el ejercicio, asintió Nolan.

—Tiene usted músculos de Tarzán. Aquel hombre lo conozco, ¿sabe?

—¿A quién conoces? —preguntó Nolan, ladeándose.

Señalaba ella hacia el pequeño embarcadero, donde el solitario pescador estaba amarrando el bote.

—No me gusta. Tiene ojos de lobo hambriento.

—¿Has visto muchos lobos hambrientos?

—En los colorines de «Los Tres Cerditos».

—A lo mejor gruñe también como un lobo, ¿no?

—Oh, no. Habla muy finamente. «Vino» a visitar a la señora Wagner.

«Ya empieza la cosa», meditó Nolan, recordando los comentarios del juez tutelar: «La niña es muy imaginativa. Es lógico que pretenda, defender a su padre, pero no pudo presenciar, felizmente, el horrible acto… Las vecinas aseguran que Glenda es muy imaginativa. No haga caso de lo que pueda decirle, ya que no fue testigo ni sabe nada.»

—O sea, que conoces a aquel señor, ¿no?

—Me dio un dólar, uno de plata, pero la señora Wagner me lo quitó después.

—Vamos a olvidar a la señora Wagner, Glenda. Estamos aquí para tomarnos unas vacaciones.

Guardó ella silencio, y durante unos instantes pudo disfrutar Nolan del amodorramiento de tostarse al sol, acariciado por la fresca brisa que manaba de los pinares.

—Y a ella también la conozco —susurró Glenda, boca abajo sobre la toalla.

Miró Nolan hacia donde Glenda señalaba. Una rubia estaba bajo el toldo frontal de la cabina seis. Alta, metidita en carnes, con algo en su apariencia que delataba a la escandinava.

Sandalias de alto tacón, «short», una blusa de malla y un bolero blanco. Se resguardaba el rostro con una pamela blanca.

—Está resultando que conoces a todo el mundo, ¿no, Glenda?

—Al hombre de los ojos de lobo y a esa rubia, sí. En cambio no conozco a Hilda. Pero a esa rubia, sí.

—¿También la viste en casa de la señora Wagner?

—No. En la calle principal, en la parada que hace esquina. Esperando el autobús. Muchas veces.

—Ya.

La rubia había colocado un plegable bajo el toldo, y se sentó. Abriendo la boca para bostezar.

—Ahora verá usted lo que hace. Se da toquecitos en los dientes con los dedos —notificó Glenda.

La rubia, a medio bostezar se daba golpecitos en los labios con el anverso de los dedos de la zurda.

Kent Nolan se sentó sobre la toalla.

—¿Ve usted cómo no miento? —anunció Glenda, triunfalmente.

—Pudiste verla bostezar mientras yo nadaba.

—Usted sabe que ella no salió hasta que usted estaba aquí. Lo que pasa, es que como una tiene pocos años, nadie la cree a una. Pero le digo que aquel hombre de los ojos de lobo estuvo en casa de la señora Wagner, y desde que mamá se fue al cielo, vi varias veces en la esquina a esta rubia gordinflona.

—No es gordinflona. Bueno, vamos a comer algo.

Necesitaba evitar que la imaginación de Glenda, le hiciera cometer impertinencias. Su primer impulso al ver que la rubia «se daba los toquecitos en los dientes» había sido acercarse, y preguntarle si conocía a su sobrina.

Repetir la misma pregunta con el pescador solitario hubiera sido la segunda impertinencia. No podía hacerse caso de la chiquilla, pero tampoco reprocharle sus mentiras.

La pobrecilla debía de haber pasado muy malos ratos, a solas con sus pensamientos desde que «su mamá se fue al cielo».

Comiendo, Glenda tenía la ventaja de que guardaba un respetuoso silencio.

Después de la siesta, salieron a sentarse bajo el toldo, y al poco llegaba Hilda Dorn.

Con su vestido veraniego blanco, ribeteado el recto cuello de granate, y recogido el negro cabello en una gruesa trenza, era agradable de ver.

—Esta tranquilidad es deliciosa —comentó a modo de saludo—. ¿Habló usted con Gilbert?

—¿Gilbert? —repitió Nolan.

—El pescador que no pesca —aclaró Hilda, abrazándose a una columna del porche y dedicando una amistosa sonrisa a Glenda—. Y no creo que espere pescar nada, salvo un resfriado, porque no trae el material adecuado para pescar en estas aguas. Lo que resulta extraño es su persistencia en permanecer en el bote, si no atrapa ni un solo pececillo.

—¿Qué tiempo hace que está en Blue Lagoon el señor Gilbert?

—Llegó esta madrugada a primera hora.

Kent Nolan pensó que debía ponerse en guardia contra su propia imaginación. Le había parecido que pronunciando su frase, Hilda Dorn había entornado significativamente los sesgados ojos.

Si empezaba a ver misterios en rededor, perdería su habitual buen sentido.

—Vamos a dar un paseo, Glenda. Iremos a cenar a la ribera norte.

La niña entró en la cabina. Empezaba a demostrar coquetería, ordenando y acariciando las prendas nuevas adquiridas en Los Ángeles, antes de emprender el viaje hacia Blue Lagoon.

—La carretera es mala en el descenso desde la ribera norte —comunicó Hilda—. Hay desniveles bruscos en los muchos virajes. Supongo que su «Olympia» estará bien de frenos.

—Estupendamente, según juró el vendedor, ayer mismo en Los Ángeles. Lo compré ayer a buen precio. Hasta luego, señorita Dorn.

Aquella muchacha le estaba resultando enigmática. ¿O sería que su nueva tarea de tutor con una sobrina embustera e imaginativa, le estaba contagiando?

El atardecer teñía de hondo azul la extensa laguna. El paisaje era bonito, en su agreste soledad, y mientras remontaba el «Olympia» la estrecha carretera, veía las hileras de cabinas de la ribera norte, las pistas de tenis y patinaje, y dos quioscos con pista de baile.

Conduciendo por el sendero principal, miró de soslayo a Glenda, muy atareada haciendo globitos con el chicle sonrosado que le había dado Hilda poco antes de salir de la ribera oeste.

Y la frase pareció brotar de uno de los globitos, como un quedo murmullo:

—¿Cuánto tiempo le queda para poder vivir?

Respingando, repitió Nolan:

—¿Cuánto tiempo le queda para poder vivir… a quién?

—A papá —especificó ella, cerrando los ojos.

Deteniendo el «Olympia» en el aparcamiento bajo los pinos, al otro lado del sendero principal, frente al edificio del balneario central, Kent Nolan buscó afanosamente una respuesta coherente.

—No lo sé bien del todo, Glenda. Pero tú, ¿cómo sabes que…? En fin, no sé nada… con exactitud.

—Sí que lo sabe, pero no quiere decírmelo. ¿Le queda hasta Navidades?

Viernes, sábado, domingo, lunes… y el martes al anochecer, Mario Adriani dejaría de existir.

—Un poco menos. Debes dejar de pensar en ello, Glenda.

—No puedo. Porque él no lo hizo. ¡No lo hizo!

Bajando del coche, cogió Nolan por primera vez la mano de su sobrina.

Era de estricta justicia que Mario Adriani muriera el martes, pero resultaba molesto tenerlo que comentar con una criatura…

—No hablemos más de esto, niña. Ahora vamos a cenar. ¿Pollo y lechuga?

—Bueno —murmuró ella con indiferencia, escupiendo el chicle.

El restaurante era amplio, decorado rústicamente, con hogares esquinados. Los concurrentes tenían el aspecto tranquilo y placentero de ociosos en vacaciones.

Miró Nolan con cierta ansia en el bar, en cuyos taburetes y barra iban sorbiendo licores y combinados los felices mortales libres de tutelar una mocosa, de cuya existencia él solo había tenido conocimiento a la par que se enteraba de la horrible muerte de Linda.

Debía ser muy elocuente su expresión porque Glenda dijo, condescendiente:

—Puedo esperarle aquí, ya que a las menores de catorce años no las dejan entrar en los bares.

—¿Cómo sabes tú eso, niña?

—Yo esperaba fuera… cuando mamá entraba a beber en un bar muy elegante llamado «Monik». Ella era muy conocida en el «Monik».

Crispó Nolan las facciones.

—Tu madre nunca bebió.

Casi la llevó a rastras de la mano hacia una mesa. Aquella mocosa impertinente era una embustera de nacimiento. Linda Nolan nunca había bebido. Le repugnaba el alcohol. Era una muchacha bien educada, decente, casi puritana…

—Pollo con lechuga para la pequeña —pidió, examinando la carta que acababa de entregarle un camarero.

—Ella nos está acechando —musitó Glenda.

Miraba hacia uno de los ventanales, que daban al sendero principal casi en tinieblas. A la vez, el camarero y Nolan miraron también hacia donde Glenda fijaba los ojos con expresión asustada.

No había nadie acechando, pero el tono había sido impresionante, convincente.

Furioso íntimamente, repitió Nolan:

—Pollo con lechuga para la niña. Para mí, trucha, ensalada, y macedonia.

—¿Algún combinado, señor? —inquirió, muy oportuno, el camarero.

—Hombre, sí. Un Martini, doble.

Se fue el camarero, y Nolan miró agresivamente a la niña:

—¿Por qué demonios dijiste que había alguien espiando?

—Porque era verdad. Era ella. La bruja.

—¿La señora Wagner? ¿Aquí?

Denegó Glenda con la cabeza, dibujando con el índice sobre el mantel. Nolan no insistió. En su profesión de guardaespaldas, nunca había tenido que acompañar a un personaje tan difícil de entender o definir como le estaba resultando aquella mocosa.

Comieron en silencio, y al salir sintió Nolan el repentino frescor de la noche. Realmente, pese al parador, aquella laguna era un paraje muy solitario.

Y la carretera estaba barrida por el viento de las cumbres, ululando entre los pinos. Pasado el puente de acceso a la ribera norte, se iniciaba el descenso en ceñidas curvas hacia la ribera oeste.

Una carretera mala, en efecto. Tal como le había advertido Hilda Dorn. Con bruscos desniveles.

Pisó Nolan el pedal de freno. El «Olympia siguió descendiendo, acelerando.

Volvió Nolan a pisar el pedal, esta vez a fondo. El coche continuó embalado.

Tampoco actuaba la palanca de freno.

—¿Ocurre algo, señor? —murmuró Glenda, que hasta entonces se había mantenido distante, erguida, como una persona agraviada.

—¡Malditos sean todos los vendedoras de coches! —refunfuñó Nolan.

Los faros iluminaron una larga hilera de matorrales bordeando a la izquierda…

—¡Échate al suelo, pequeña, pronto! ¡Coloca la cabeza entre tus brazos! ¡Pronto!

Pero la niña seguía erguida. La empujó Nolan hacia abajo, y a la vez torció el volante.

Los matorrales crujieron, arañaron, envolvieron el chasis, y se caló el motor, tras una brusca detención violenta.

Una detención brusca e inesperada, porque las ruedas delanteras habían chocado contra unas piedras.

El volante pareció embutirse en el costado izquierdo de Nolan que parpadeó deslumbrado por una serie de Vías Lácteas multicolores.

Durante unos segundos, en el repentino silencio, solo se oyó el murmullo de los cristales inastillables del parabrisas, lloviendo tenuemente…

Crispando los dientes, intentó Nolan luchar contra la sensación de agudo dolor que desde sus costillas se reflejaba en su cráneo.

—¡Ella lo hizo, sí, fue ella! —gritaba Glenda, incorporándose—. Yo estoy del todo bien. Pero usted me parece que no…

Unos faros se aproximaban y un coche se detuvo, arrimándose a los matorrales. Instintivamente elevó Nolan la diestra hacia su axila

izquierda.

Una voz femenina, henchida de tonos reprobatorios, decía:

—¿Dónde aprendió a conducir, Nolan? Mejor dicho, ¿cuándo? ¿Después de comprar el coche?

Era Hilda Dorn. En aquellos instantes, Nolan no sentía el menor impulso de ser galante. Aparte el dolor de sus costillas, le enojaba el tono recriminatorio.

—Cierre el pico, y saque a la cría.

—Ya está conmigo. ¿Puede bajar o le ayudo, Nolan?

—Me basto solo, señorita Dorn.

Con gran esfuerzo pudo desdoblarse, y apretando las dos manos contra el saliente de su costado izquierdo, empujó con el hombro la portezuela, brezales y ramas, hasta llegar a la furgoneta «Ford».

Glenda estaba ya instalada junto al volante, y tambaleándose intentó Nolan subir al compartimiento posterior. Le ayudó Hilda, y él gruñó:

—No me he roto ningún hueso. Puedo valerme solo.

—Ya oigo que respira usted con toda vitalidad. ¿Qué le sucedió a su cacharro?

Sentado, siguió Nolan apretándose las costillas, tratando de encontrar una posición para sus largas piernas, que no repercutiera en el costado.

—Los frenos fallaron al principio del descenso. Y suerte que maquinalmente probé los frenos, o si no nos estrellamos. Me dio tiempo a meterme en un matorral…

Cerrando los ojos, Kent Nolan se desmayó.

Al recobrar el sentido, vio a un hombre que estaba terminando de adherir el ancho apósito en su costado. Un hombre con bigote erizado como un cepillo.

Estaba Nolan tendido en la litera de su cabina. Y el bigotudo decía:

—Volvía yo de asistir a una señora que se torció un tobillo patinando. Y casi ha sido una suerte para usted, señor Nolan, porque mi consultorio dista seis millas. No tiene nada roto. Solo unas costillas contusas. Doloroso, pero sin ninguna importancia.

«Claro, a ti no te duele», bufó mentalmente Nolan.

—Nada de ejercicios violentos durante unos días, señor Nolan.

No le he entablillado, porque no hace falta. Tiene un armazón sólido. Le he administrado una inyección sedante. Dormirá a fondo. Pasaré mañana por la tarde.

Se fue, y en el círculo de luz aparecieron Hilda y Glenda. Mirándole, la pequeña, como si estuviera a punto de fallecer.

—Ya oíste, Glenda. Nada de importancia. El matasanos dice que viviré.

Quiso sentarse, apartando las piernas de la litera, y se encogió gimiendo.

—El médico ha dicho que nada de ejercicios violentos, Nolan. Al menos por esta noche —puntualizó Hilda Dom.

—A la orden, Dorn.

Hilda acariciaba los sedosos cabellos de la niña.

—Es ya hora de que te acuestes, Glenda. ¿Dónde está tu camisón?

—Es un pijama y sé ponérmelo sola. ¿Se cree que soy un bebé o qué?

—Lo que tú eres es una niña arisca, necesitada de cariño. Bueno, Nolan, veré si puedo sacar su cacharro con mi furgoneta, o si tengo que avisar al mecánico del parador. A menos que quiera pagar la factura de un coche grúa avisándolo a Los Ángeles.

—Ni hablar. Por mí, que se pudra el maldito trasto. Tengo sueño… Gracias por todo, Dorn.

—No hay de qué, Nolan. Aunque puede llamarme Hilda.

—Buenas noches, Hilda.

Salió ella, y durante unos instantes pugnó Nolan hasta conseguir llegar a la puerta, que cerró asegurando bajo el paño, una silla inclinada. Al volver a su litera, vio a Glenda, arrodillada, rezando, y después arrebujarse bajo las sábanas.

Le estaba invadiendo el sueño, mientras se repetía que no debía contagiarse de la imaginativa chiquilla. Aquello había sido un mero accidente. Frenos en mal estado. Por haber querido adquirir un coche a buen precio. ¿Quién podía tener interés en suprimirle a él? ¿A él?…

¿Y si fuera a la hija de Mario Adriani y Linda Nolan? ¿Y si fuera realmente cierto que Glenda Adriani había visto algo que no podía precisar y que…?

Bah, ya estaba imaginando cosas absurdas. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Mario Adriani era un salvaje asesino…

CAPÍTULO III

LLAMABAN a la puerta, con suavidad. Kent Nolan abrió solo un ojo, y vio a Glenda ya vestida, que apartaba la silla y abría la puerta.

Con la luz solar entró Hilda Dorn.

Volvió Nolan a cerrar el párpado. Las oía hablar en voz baja. De tonterías femeninas. Un vestido bonito, las trenzas, el bañador… Poco después, de la cocina manaba un estupendo olor.

Café y tostadas. Que Glenda con empaque colocó en la mesita junto a la litera.

—Buenos días, Hilda. Es usted muy eficiente y servicial.

—Me apura ver a un hombrón con una chiquilla desamparada.

—¿Desamparada? ¿Qué le hace pensar en eso?

—Los hombres jóvenes suelen ser torpes. Hablando de torpezas, su «Olympia» lo está reparando el mecánico. Ha telefoneado que lo traerá al mediodía.

Pasó Nolan a la ducha. Le parecía tener en el cráneo cemento cubriendo hormigas y un ratón mordiéndole las costillas, pero podía caminar sin demasiada dificultad.

Bajo el chorro pensó que resultaba extraño que Hilda hubiera aludido al estado de los frenos, antes de que emprendieran la excursioncita.

Un nuevo café y otras tostadas le esperaban. Hilda Dorn señaló por la ventana:

—La niña juega y ha prometido estar a la vista.

—Por cierto, si la chiquilla le cuenta cosas raras, no haga caso. Tiene mucha imaginación, ¿comprende? Se figura cosas raras, como por ejemplo conocer a todas las personas que ve por vez primera. No es que sea una embustera. Es que… recibió una

impresión mala, y posiblemente su pequeño seso se deformó un poco.

Por el ventanal veía el lago en la porción que formaba una curva resguardada por pinares. Y al paciente pescador, de gafas negras.

—¿Sabe quién es el señor Gilbert? —preguntó Nolan.

—Solo sé que de pescador no tiene nada.

—¿Vino solo?

—Conduciendo el «Buick» azul y acompañado de Mitzi.

—¿Mitzi?

—Así la llama él. Es la rubia lánguida, comedora de pastelitos y chocolatines.

—Ah… Una mujer espléndida. Parece escandinava. ¿Es su esposa?

—Escogieron cabinas separadas, aunque contiguas. Comen juntos. Por cierto, que la espléndida mujer se inunda de perfume. Violetas. Y se pinta las uñas con una laca detonante. Tal vez para hombres de poco gusto, pueda parecer bonita. Hasta luego, Nolan.

—Hasta luego, Dorn.

Llegando al umbral, giró ella la cabeza, riendo:

—Usted es un coco, Kent. Duro por fuera, pero quitada la corteza… Dice la chiquilla que anoche usted solo pensó en evitar que ella sufriera daño.

—Eso creo que es instintivo en cualquier persona, sea o no un coco.

Denegó ella con el índice, diciendo seriamente.

—Hay personas con una maldad de verdugo por afición, que no titubearían en atormentar a una criatura. Hasta luego, Kent.

Kent Nolan la vio alejarse. No poseía el contoneo lánguido de Mitzi ni su exuberancia carnosa, pero era mucho más atractiva.

Se aproximó Glenda, llevando en la diestra un cubo lleno de arena, y en la zurda una pala de plástico.

—Me dejó esto Hilda. Buenos días, señor.

—Hola, peque —murmuró Nolan, distraído. Seguía mirando al pescador solitario, inclinado sobre la borda, sosteniendo entre las manos la caña, con la que no podía pescar nada.

—¿Puedo bañarme, señor?

—Llámame Kent. No puedes bañarte, y no te apartes de mi vista. Ya que conoces al hombre de los ojos de lobo que se llama Gilbert, sabrás también seguramente que su esposa, es la señora rubia.

—No es su esposa. Mitzi no es su esposa.

—¿Eh? ¿Cómo sabes que se llama Mitzi?

—Porque oí a un hombre llamarla así.

—O será porque te lo ha dicho Hilda.

Elevó la niña los flacos hombros, con expresión aburrida.

—No he hablado con Hilda de mis secretos. Mitzi apesta a violetas rancias y tiene uñas de pantera, sangrientas. Y debe ser cubana.

—¿Cubana?

—¿No son las que bailan rumbas? Andando, ella…

—Bueno, niña. No te alejes de aquí, que pueda yo verte.

—Sí, pero es preciso que sepa usted que era Mitzi la que anoche nos espiaba cuando entramos a cenar. Era ella, y yo no soy una embustera.

Kent Nolan se instaló junto al ventanal, reclinándose en la mecedora. La mañana anunciaba un día caluroso. Iba a ser un caluroso sábado… Y dentro de cuatro días, al anochecer del martes, Mario Adriani entraría en la cámara de gas.

Trataba de recordarlo. Una imagen algo confusa, porque habían transcurrido nueve años. Era alto y moreno, bien parecido. De voz cantante, y mirada franca. Claro que, en una presentación primera, todas las personas resultan tratables.

Por lo que había oído, superficialmente, porque no quiso penetrar en los detalles, Linda y Mario Adriani habían cambiado con frecuencia de residencia.

Primero en Montreal, después Vancouver, luego Seattle. Tres años antes, en San Francisco, y por último Los Ángeles. Para vivir como realquilados en casa de la señora Wagner.

Y progresivamente la ingenua y dulce Linda, debía haber vivido días terribles. Porque ningún marido golpea hasta machacar una cabeza de cónyuge, sin antes arrastrar días de discusiones, malestar, constantes riñas…

Tenía muy mal genio Mario, había dicho la señora Wagner. Un

genio que había estallado hasta el punto de esgrimir un martillo contra el frágil cráneo de Linda…

Kent Nolan se secó el sudor de la cara. Pensó que moviéndose lentamente, podía colocarse el calzón de baño, y sentarse junto a la ribera, a la sombra de un pino. Además, vería de cerca a la chiquilla.

Tardó largo rato en quitarse la ropa, y ponerse el calzón de baño. Al salir vio a Gilbert en su bote.

«Nada de particular —argumentó consigo mismo—. Un hombre en un bote. Un hombre que quiere estar solo. Glenda inventa historietas con una facilidad pasmosa, y basta que un accidente se tercie, para que uno ya empiece a pensar en tonterías».

Caminó lentamente hacia la hilera de pinos de la ribera, buscando a su sobrina. Había oído decir que a los críos les gustaba jugar al escondite. Una afición que en aquellos momentos le estaba haciendo muy poca gracia.

—¡Glenda! —llamó, sin alzar mucho la voz.

Solo veía la nitidez del agua, el verdor de los pinos, soledad… Un paraje precioso y solitario. Empezó a impacientarse. ¿Dónde se habría metido la condenada chiquilla?

El bote giró lentamente, volviéndole la espalda Gilbert, que sostenía entre las manos, atrayéndolo hacia sí, un bramante con un cebo. Posiblemente, algún pececillo había picado.

Y súbitamente algo surgió del agua a unos treinta pasos equidistantes del bote y la ribera. Un remolino de espuma, dos brazos delgadísimos en alto, trenzas rubias, un grito en gargarismo angustioso…

Gilbert se alejaba, remando lentamente hacia el embarcadero.

Kent Nolan empezó a correr, insensible al dolor de sus costillas, aguijoneándole como una espuela a cada zancada.

Lanzándose al agua, nadó con vigoroso *crawl*. Dio unas cuántas brazadas, y de pronto en sus costillas, algo mordió con saña, obligándole a retorcerse, mientras se hundía bajo la superficie.

Pero su mente hablaba calmosamente:

«Braza marina, maldito loco. Solo el brazo derecho, si quieres sacar del agua a la cría».

Con un esfuerzo que pareció hundirle un cuchillo en el costado

izquierdo, salió a flote, y nadó de lado, en larga brazada derecha. Y sonrió al notar unas diminutas manos agarrándole ansiosamente por cuello y hombro.

Aquella chiquilla no pesaba nada. Tendría que engordar, aunque en aquel momento venía bien el poco peso. Volvió a sentir la puñalada atroz en sus costillas, y se hundió.

Pero Glenda se le agarraba como una lapa. Consiguió girar sobre sí mismo, de modo que ella quedase a sus espaldas. Y entonces braceó hacia arriba, hasta sacar la cabeza, aspirando con ansia, tosiendo, escupiendo agua.

A dos metros estaba un bote, y le tendían un remo. Hilda Dorn. Siempre la oportunísima Hilda Dorn.

Glenda, agarrada al remo, ascendió al bote. Nolan se limitó a coger el cabo que colgaba a popa, dejándose arrastrar.

Y llegando a la ribera, salió a gatas, para tenderse boca arriba, anhelante, medio asfixiado, porque su caja torácica era ancha, pero el apósito en sus costillas, parecía privarle de medio pulmón.

Oyó a Hilda, diciendo a alguien:

—No ha ocurrido nada de particular, ni necesitamos ayuda. Un simple resbalón de la niña, que se adelantó demasiado.

Abrió Nolan los ojos. Allí estaba la rubia Mitzi. Vestida como para ir a un baile. Y frunció Nolan las narices. El aroma a violetas era tan penetrante que lograba ahuyentar el efluvio resinoso.

Decía Hilda:

—Ya vuelve en sí la niña, y con unos masajes ayudándola a respirar, como si nada.

La llevaba en brazos hacia la cabina.

«Eso es, y a mí que me parta un rayo», meditó Nolan.

Las violetas se aproximaron a su olfato. Mitzi se inclinaba. Gruesos labios, ojos azules, saltones, bovinos…

—¿Le ayudo a levantarse, joven?

Un generoso escote, encajes y aquel agresivo olor mareante. Kent Nolan forzó una sonrisa, sentándose. Ella seguía tendiéndole la mano.

Una mano gordezuela, tibia, pero sin blandura.

Y al quedar en pie, dijo Nolan.

—Más que nada ha sido el susto. Estoy ya en forma. Gracias.

La sonrisa de Mitzi era un compendio de seducción elemental. Apta para marinos y menores de edad, pensó Nolan.

—La niña tiene suerte en poseer un padre tan atlético.

Asintió Nolan. No estaba para discutir cuestiones de parentesco. Seguía ella con un suave acento exótico:

—Ha sido una imprudencia de la niña. Seguramente le daría un calambre, y estaba demasiado alejada de la orilla.

Señaló Nolan hacia el centro de la ribera oeste. Pero ya no se veía el bote con el paciente pescador] solitario.

—Su esposo estaba allí pescando.

—El señor Gilbert no es mi esposo, joven —sonrió ella con un contoneo innecesario.

La palabra «joven» sonaba entre sus carnosos labios como un chasquido de beso, o como la deglución de un pastelillo.

—Es curioso que Gilbert no oyera a la pequeña.

—El señor Gilbert es sordo como una tapia. Le he reprochado en varias ocasiones que no lleve puesto su acústico, pero él me dice: «¿Qué quieres, Mitzi? ¿Que oiga llegar a los peces?» Por cierto, que ahora iré a expresarle mi disgusto. Si no llega a ser porque la señora Dorn estuvo muy rápida y oportuna, no sé… Aunque la niña tiene un papá muy atlético. Pero le estoy entreteniendo y seguramente usted deseará consolar a su hijita, joven. Buenos días.

Kent Nolan la vio alejarse hacia el pequeño embarcadero. Ondulante, con languidez de odalisca. Aquella Mitzi debía pescar incautos inexpertos, con la facilidad de una sirena empleando dinamita envuelta en encajes.

Entrando en la cabina, contempló a Hilda que daba expertos masajes a ambos lados del flaco torso de Glenda.

Recordando sus propias costillas, Nolan se sentó, apretando ambas manos en torno al apósito tenso.

Alzó el rostro, porque delante de él, Hilda Dora, decía en tono seco:

—No debió dejarla ir tan lejos.

—¿Yo? Fue ella la que… ¡Oye, niña! Te dije bien claro que no te bañases ni te alejases de mi vista, ¡córcholis!

Hilda Dorn era una pantalla opaca entre litera y mecedora. Además de interponerse, argüía en tono áspero:

—No riña a la pequeña. Usted es el culpable. Es usted el que tendría que avergonzarse de dejar sola a una criatura.

—Oiga, Dorn… No me amosque. Agradezco su oportuna faena de repesca y salvamento de náufragos, pero creo que se está tomando la cosa demasiado en serio. No me gusta que me reprochen actos en los que no tengo culpa.

—¿No? ¿Dejar a una niña sola cerca de una laguna…?

Levantándose, Nolan tendió hacia Glenda el brazo izquierdo en gesto de acusación. Las costillas protestaron. Y se encogió, crispando el rostro.

—Yo tengo la culpa, sí, señor —admitió Glenda—. Tío Kent me dijo que no me bañase. Pero había un pajarito muy mono flotando en el agua. De color pardo y con la colita verde.

—Sí, hombre —gruñó Nolan—. Ahora ya ve hasta pajaritos verdes flotando como patos.

—¿Dónde viste el pajarito, nena? —inquirió Hilda suavemente.

—Primero estaba casi en la orilla. Y solo cuando intenté cogerle, se alejó un poco. Entré en el agua, siguiéndole, y cada vez que alargaba el brazo, el pajarito se bamboleaba hacia atrás, adentrándose más…

—¿Le oíste piar? —siguió preguntando Hilda.

Kent Nolan intervino impaciente:

—Sí. Lo oyó cantar el aria de «Manon».

Glenda fruncía el ceño, reflexionando, dijo por fin:

—Pues no. No piaba.

—¿Y hacia dónde se adentraba? ¿Hacia el bote del pescador?

—No recuerdo bien. Yo solo veía al pajarito tan mono, tan quietito sobre el agua. Cuando yo alargaba la mano parecía dar en el agua con el piquito y después alzaba la colita verde, alejándose…

—Esta cría tiembla, Dorn. Mejor será que tome una ducha bien caliente.

—Sí, tío Kent. Una ducha bien caliente —replicó, dócilmente, Glenda.

—Pudiste ahogarte, ¿sabes? —pretendió decir severamente Nolan.

—Sabía que usted me salvaría, como anoche, tío Kent.

Desapareció ella en el interior del cuarto de aseo, y regresando

a la sala, gruñó Nolan:

—Me parece que anda usted también un poco sobrecargada de imaginación. Mira que preguntar si el pajarito piaba, si hacía marcha atrás hacia el bote, si…

Se interrumpió, perplejo. Estaba recordando a Gilbert, inclinado, recogiendo bramante. Volviéndose de espaldas, cuando él apareció en la ribera, y la niña gritaba y emergía manoteando…

Recogió de la percha su camisa. Iba a hablar con Gilbert, aunque le tuviera que incrustar en el oído su aparato acústico. Pero al tener ya un brazo introducido en la camisa, desistió.

¿Qué podría decirle a Gilbert? ¿Que él tenía una sobrina que veía pajaritos de cola verde, muy monos? ¿Que la noche anterior le fallaron los frenos a un cacharro comprado a precio de chatarra?

Hilda Dorn le estaba contemplando con una expresión de crítico ante una pintura rupestre, o de químico de laboratorio ante un virus fermentando.

—Me parece que va usted viendo también cosas raras, Kent.

—El peor enemigo del animal con seso es dejarse llevar por la imaginación.

—No fue imaginación que un bote estuviera cerca de Glenda, y pudiera acudir a salvarla.

—Me dijo Mitzi que Gilbert es sordo, y que no llevaba el acústico. Por lo tanto, queda explicado.

La sonrisita de Hilda era acida.

—¿Tiene por costumbre creerse lo que le dicen las Mitzi?

—No desorbitemos la cuestión. Ayer un cacharro barato falló, y hoy una chiquilla imprudente se metió en uno de los embudos de agua.

—¿Se inventó el pajarito?

—Hay reflejos en el agua…

—Bien, yo me he metido ya bastante en sus asuntos. Hasta luego.

Aquella muchacha siempre decía «hasta luego». Y aparecía inesperadamente, aunque con mucha oportunidad.

Volvió a aparecer tras la siesta.

—El mecánico ha traído ya su «Olimpia». Estaba usted durmiendo, y pagué yo la factura. Cuarenta dólares.

Tendió Nolan cuatro billetes de diez:

—Agradecido, Hilda.

—Esta es la factura. Un cristal de parabrisas, abolladuras de guardabarros, pintura de arañazos…

Hizo ella una pausa, antes de añadir, leyendo por sílabas el resto de la factura:

—«Dos vástagos sujeción varillas frenos pedal y freno palanca». ¿Curioso, no? El mecánico no encontró los dos vástagos que aseguran el juego de transmisión a los frenos. Habían desaparecido. Si yo estuviese en su lugar, Kent Nolan, colocaría a la pequeña en una guardería infantil. Hay un buen «kindergarten» en Los Ángeles. Hasta luego.

Cogiendo la factura de reparaciones, leyó atentamente Nolan. Podía ser que los vástagos hubiesen saltado en el descenso. ¿Los dos?…

Estrujando la factura, salió al exterior, dirigiéndose a las cabinas ocupadas por Gilbert y Mitzi.

Tenían las puertas abiertas, y no había nadie. Ni tampoco las maletas. Ni el «Buick» azul en el aparcamiento. Ni la furgoneta «Ford». Ni rastro de Hilda Dorn. Que tampoco había dejado maletas.

Era indudable que los tres habían abandonado la laguna.

Volviendo a la cabina, encontró a Glenda esperándole, interrogante.

—Nos vamos, peque. Al diablo esta laguna. Creo que te sentará mejor el puro aire de la ciudad. He pensado que durante unos días… Pocos… estarás mejor jugando con otras niñas en una guardería infantil. Un «kindergarten», ¿sabes? ¿Estás de acuerdo, peque?

—Como usted quiera, tío Kent. Si han de ser pocos días, bueno. Además, también se ha ido Hilda. La vi como antes de venir aquí, ponía sus maletas en su coche. Y el otro coche acababa de irse. ¿Cree que volveremos a ver a Hilda, tío Kent?

—No lo sé.

Pero conduciendo hacia la ciudad, pensó Nolan que posiblemente no tardaría mucho en volver a ver a Hilda. Era un presentimiento de los infalibles.

Consultó una guía, telefoneando, hasta que creyó dar con el sitio ideal para garantizar la seguridad de Glenda.

Un «kindergarten» regido por alemanes amantes de la alegre disciplina.

—¿Es su hija?

—Mi sobrina. Glenda Nolan. Pagaré una semana. Bajo ningún concepto podrá la niña salir, a menos que yo, personalmente, solo yo, venga a buscarla. No hagan el menor caso de llamadas telefónicas ni recados. Solo yo, en persona, puedo sacar a la niña.

Mostró su carnet acreditándolo como escolta de agencia de detectives, adscrita al departamento federal.

Y al irse a despedir, se quedó algo confuso.

Glenda le rodeaba el cuello con ambas manos, y le besaba por vez primera en forma rara. Frotándole la nariz en el hueco del cuello. Susurrando:

—No fue mi papá, tío Kent.

—¿Cómo lo sabes, peque?

—Porque él era bueno conmigo, me quería, y no era capaz de hacer cosas mal hechas. ¿Vendrás a verme mañana, tío Kent?

—Sin falta.

—¿Prometes? —exigió ella solemnemente.

—Prometo —dijo él con no menos solemnidad, tendiendo la mano al estilo infantil, y simulando escupir.

En la acera, estuvo unos instantes pensativo. Le molestaba dejar allí encerrada a una niña llorosa, pero al menos estaba a salvo contra cualquier clase de accidente fortuito o provocado.

Respingó, viendo a la que sentada en su «Olympia», junto al volante, asentía en silencio. Como aprobando que hubiera seguido su consejo, dejando en el «kindergarten» a Glenda Adriani.

CAPÍTULO IV

SENTÁNDOSE tras el volante, condujo lentamente por la amplia avenida, y al cabo de unos instantes, comentó:

—Este silencio es tan espeso que se mastica, señorita Dorn. Dígame, estimada doncella, ¿quién diablos es usted? ¿Cómo demonios supo que iba yo a este «kindergarten»?…

—Solo hay tres guarderías infantiles de internado. Y esta es la mejor, la que ofrece más garantías. No le extrañe que me interese por Glenda Adriani. La reconocí por las fotografías de la prensa.

—Ya. Pero como el asesino está a punto de ser ejecutado, ¿por qué sigue interesándole la niña? ¿No será usted una condenada repórter, no?

—Tendríamos que repasar juntos los hechos, Kent. Usted habrá estudiado a fondo el expediente Adriani, ¿verdad?

—Ni superficialmente. Me limité a saber que todas las pruebas habían sido irrefutables. La agencia en la que presto mis servicios como guardaespaldas no quiso avisarme hasta el término del proceso, para evitarme una mala tentación, para evitarme que yo me anticipase al verdugo.

—Entonces, usted ni siquiera por curiosidad…

—¡Hay curiosidades repulsivas, señorita Dorn!

—Perdón, comprendo que para un hermano tenía que ser molesto y desagradable, todo lo que se discutió en el juicio. Pero yo lo seguí atentamente.

—¿En calidad de qué? —inquirió Nolan agriamente.

Detuvo el coche en una rotonda de estacionamiento, acodándose al volante. Hilda Dorn tenía el arte de saber soslayar las preguntas.



—Dejemos que el verdugo se gane la paga...

3 - MUERTE

—Desearía que no se enojase si hago un breve resumen de los hechos por los que han condenado a muerte a Mario Adriani. ¿Puede soportarlo?

—Si es objetivo, sí.

—Su hermana Linda, Mario y Glenda se mudaron hace cosa de

seis meses de la casa de la señora Wagner, a un departamento amueblado de Laurel Canyon.

—Lo sé.

—Pero posiblemente ignora que, pese a ocupar un lujoso departamento, de alta renta, el sueldo de Mario seguía siendo el mismo, y continuaba trabajando en un garaje, a sesenta dólares semanales. El alquiler del departamento era de doscientos mensuales. Y su hermana Linda llevaba vestidos de modelos exclusivos, de modistos caros.

Crispando el rostro, Nolan se apretó los párpados con los pulgares.

A su lado, la voz femenina, siguió siendo decidida:

—Lo lamento por usted, Kent, pero si hablo claramente, es porque pienso en la hija de Mario Adriani. ¿Puedo seguir?

—¿Conocía usted a Linda?

—De vista solamente.

—Ella justificaría de dónde procedía su dinero.

—Le dijo a Mario que era dinero procedente de una parte de herencia, cobrada con mucho retraso.

—Pero, ¡si la herencia la percibió Linda hace ya diez años!…

Se interrumpió Nolan. La imagen de su hermana, ingenua, cándida, puritana, se iba transformando en la de una mujer desconocida.

—Mario y la pequeña vivían naturalmente en el departamento, pero no parecían disfrutar de otros beneficios dimanantes de aquella súbita riqueza de Linda. Mario seguía yendo con su mono azul, cazadora y caja de comida al garaje, y la ropa de la niña siempre parecía venirle estrecha. Su madre la tenía muy descuidada.

Por unos instantes, Kent Nolan deseó no oír nada más. Adelantó la diestra abierta como si fuera a colocarla sobre los labios femeninos.

La cerró, retirándola, para colocarla sobre el volante. Dijo secamente:

—Parece saber mucho de ellos tres.

—Porque tenía a mi cargo vigilar a cierta persona que, por entonces, frecuentaba mucho a Linda. Eso se lo explicaré luego, en

el momento oportuno. Volviendo a Mario, el principal testigo de cargo contra él, fue la encargada del servicio de los departamentos. Una mujer de limpios antecedentes y de conducta irreprochable. Linda fue asesinada hacia las cuatro de la tarde, aproximadamente. Hora en la que, habitualmente, Mario estaba en el garaje. Pero Linda le llamó por teléfono, pidiéndole que viniese inmediatamente. El empleado del garaje que tomó el recado, reconoció perfectamente la voz de Linda, que ya otras veces había llamado.

Presentó Hilda una cajita abierta:

—¿Quiere?

Denegó Nolan y ella cogió una pastilla de menta, como si desease purificarse la garganta.

—El bloque de departamentos Mirror es nuevo. Tiene un patio interior, con piscina. Los departamentos tienen balcones sobre la avenida y el patio. La entrada de los inquilinos se verifica normalmente por el patio, pero Mario no entraba por el patio. Empleaba la escalera de servicio. No le gustaba ser visto por los elegantes inquilinos.

—¿Conoció usted a Mario?

—De vista.

—Espero quo no tendrá ningún prejuicio formado.

—Le estoy, contando los hechos concisamente, de acuerdo con el resumen policíaco y judicial. Cuando se presenta el caso, soy realista. Y sé comprender por qué Mario prefería emplear la escalera de servicio. Cada departamento tenía una puerta de salida a esta escalera. Ya sabe… Lechero, vendedores, los periódicos… Aquella tarde, Mario subiendo por la escalera de servicio, encontró a Linda muerta, doblada sobre unos peldaños, como víctima de una caída.

—Nadie le creyó. Hubo expertos y tenía un defensor. Nadie le creyó. Por lo tanto, habría motivos sobrados para no dudar que él era un vil asesino sin perdón.

—Nadie le creyó. Los dos testimonios principales, fueron los de un empleado de la limpieza y de la encargada. El empleado estaba limpiando unos cristales, bajo la alcoba del matrimonio Adriani, cuando oyó a Linda lanzar un grito que ahogó el ruido de una bofetada. El empleado llamado Edward Reed, fue inmediatamente a

avisar a la encargada. Dijo lo que había oído, y añadió que las palabras empleadas en la discusión entre Mario y Linda, no estaban en consonancia con la distinción de la casa. Comentario que repitió textualmente en el proceso. Y creyó que urgía la inmediata intervención de la encargada.

Pese a tener la plena convicción de la culpabilidad de Mario Adriani, Nolan no pudo evitar un creciente interés.

—La encargada, Greta Adams, pasó por el patio y pulsó repetidamente el timbre. Linda abrió la puerta, un poco tan solo. La encargada hizo constar que en la casa no admitían escenas ruidosas de peleas conyugales. Linda lo admitió, pidiendo excusas, diciendo que su marido se había encolerizado, pero que ella creía que ya estaba calmado. Este testimonio de Greta fue duramente combatido por la defensa, pretextando que era indemostrable, pero ya había ejercido su influencia en el jurado. La encargada Adams, preguntó a Linda si pensaba que la ayuda del detective del bloque Mirror pedía serle útil. Y Greta Adams dijo que Linda titubeó unos instantes.

—Cosas que se recuerdan bien… después.

—En efecto. Linda titubeó y dijo que si las cosas empeoraban, ya tomaría las medidas pertinentes. La puerta se cerró, y esta fue la última vez que alguien vio con vida a Linda… salvo el asesino.

—¿Hubo alguna duda sobre el testimonio de Greta Adams?

—En absoluto, y yo misma estoy convencida de la veracidad de su testimonio.

Se removió Nolan unos instantes en el asiento, buscando mejor colocación para que sus piernas no tensaran su costado dolorido.

—Tuvo que existir la prueba irrefutable del tiempo en que Adriani salió del garaje, llegó al piso… y la hora de la muerte de Linda.

—La realidad es que Mario estuvo muy poco convincente. Salió hacia las tres y veinte del garaje, pero dijo que no se apresuró tal como le pedía Linda, sino que fue caminando, y muy lentamente. Habían ya discutido a la hora del desayuno, y él estaba, según declaró textualmente, «harto de discusiones». Y previniendo otra discusión, no se apresuró en llegar al departamento.

—De todos modos, debieron existir evidencias físicas… de la presencia de Adriani en el piso antes de que muriera Linda.

—Evidencias netamente acusadoras. Bajo el cuerpo de Linda había dos manchitas de lubricante. Las manchitas fueron analizadas. Eran exactamente de la misma fórmula que la grasa empleada aquel día por Mario en el garaje. Naturalmente, su mono de trabajo estaba saturado de aquella grasa. Y él había jurado y perjurado que ni siquiera había rozado el cuerpo. Si siquiera hubiese dicho que al encontrar el cadáver lo había vuelto a un lado o boca arriba, entonces aquellas manchitas no habrían tenido ningún valor condenatorio. Ni tampoco los tenues residuos del mismo lubrificante hallados en el cabello y cuello. Difíciles de analizar, porque el instrumento de la muerte, fue un martillo de mecánico, de los que tienen un lado terminado en pico…

—Ya sé —atajó Nolan—. ¿Quiere que le dé mi sincera opinión sobre usted, Dorn? Para una mujercita de su edad y aspecto, habla usted con la fría carencia de sensibilidad propia de un cirujano o un policía.

—Tengo veinticuatro años, y heredé la agencia de detectives paterna. Desde temprana edad, me acostumbré a las conversaciones y comentarios sobre crímenes, instrumentos de muerte, pistas, huellas, autopsia… Y procuro dominar mi personal sensibilidad, cuando estudio cualquier caso.

—Comprendido, y rectifico mi opinión. Ahora ya me parece usted normal. ¿Y se hallaba en Blue Lagoon como detective?

—Sí.

—¿Cómo pudo precedernos?

—De momento, estamos repasando la culpabilidad de Mario Adriani, desmenuzándola a través del proceso. ¿Prosigo?

—Sí, porque oírla no me molesta. Sabe hacerlo de modo impersonal.

—Escondida en el interior de una maleta, propiedad de Mario, fue hallada una póliza de seguros de vida. Sobre la vida de Linda, con Mario como beneficiario y por valor de diez mil dólares, incluyendo la muerte por accidente. Pólizas que pueden adquirirse sin visita médica. ¿Sabe cómo… sabe los detalles de la muerte de Linda?

—Detalladamente, no.

—Había como le he dicho, un tramo de escaleras interiores para el servicio. En ellas yacía Linda, a ocho peldaños de distancia de la

puerta interior de acceso a la cocina del departamento. Podía parecer un accidente. Precisamente la noche anterior, Mario se había quejado a la encargada de que había unos peldaños resbaladizos, y comentó que Linda casi se había caído. Un detalle que admitió Mario en el juicio, cuando lo expuso Greta Adams. Dijo Mario que era la propia Linda la que le había enviado a la encargada, y el fiscal objetó que lo normal hubiera sido que la propia Linda reclamase.

—Por más bestial y poco inteligente que fuese Adriani, ¿cómo podía imaginarse que tomarían por un accidente su atroz asesinato?

—Hizo lo posible el asesino para que así aparentara.

—Me habló usted y otras personas, de un martillo con pico.

—Sí, de mecánico garajista. Estaba escondido entre ropa sucia… Más concretamente entre dos toallas, que llevaban huellas de haber sido colocadas en torno a la cabera de Linda… mientras el martillo golpeaba. Por lo tanto, no había sangre en rededor del cuerpo, excepto en un peldaño. El que estaba bajo la nuca del cadáver. Tampoco había sangre en la ropa de Mario. Le acusaron de premeditación, pese a la llamada de Linda al garaje. Y se defendió débilmente, alegando que no tenía idea de la póliza.

—Mientras, ¿dónde estaba Glenda?

—En casa de la señora Wagner.

—Un poco raro, ¿no?

—En efecto, y sirvió de nueva prueba contra Mario. Él mismo, había llevado allá a la pequeña aquella misma mañana. Otras veces, cuando Linda trabajaba en algo, no concretaron en qué ni insistióse en ello, ella misma dejaba a Glenda en casa de la señora, Wagner. Pero, aquella mañana fue el propio Mario quien la llevó. Como es natural, el defensor poco pudo hacer.

—Porque no existe la menor duda.

—Minutos antes de la muerte, oye un empleado la riña, el bofetón… Después, la encargada aprecia que Linda tiene la marca del bofetón, que está asustada, y que cree haber calmado a su marido. Y a los pocos minutos, aparece Mario gritando que su esposa cayó por la escalera. Ni el jurado, ni la policía, ni el público, tuvo la menor duda sobre la completa culpabilidad de Mario Adriani.

—Creo adivinar que usted no comparte esa general creencia. ¿Actúa usted por cuenta propia, o por algún cliente?

—No actúo en el caso Adriani, sino por cuenta de un cliente que desea atrapar a «M. Tryx, vendedor de felicidad».

—¿Eh?

—Mr. Tryx, cuyos anuncios puede usted leer a diario en la prensa, se llama en realidad Irving Gilbert. Y este era el hombre que, poco antes de la muerte de Linda, frecuentaba la compañía de esta. Yo vigilaba a Mr. Tryx por encargo de Richard Durgan. Creo que sería conveniente que usted mismo me acompañase a casa del señor Durgan. Ha de interesarle lo que oirá acerca de Gilbert, que fue testigo de cargo contra Mario Adriani. Después de oír al señor Durgan, yo podré hablarle a usted más extensamente de Linda y Gilbert.

—¿Dónde reside el señor Richard Durgan?

—Siga por Canyon Road hasta Cliff Lane.

—Es preferible que lleve usted el volante, porque no conozco bien esta ciudad.

Bajó Nolan para dar la vuelta y ocupar el otro asiento.

Conduciendo, dijo ella:

—Richard Durgan vive en la llamada Senda de los Millonarios, Propiedades rodeadas de altos muros. Quietud, silencio, reposo, sibaritismo… Durgan es un hombre muy interesante. Cuando se cansó de fabricar dinero, se dedicó a beber, adquiriendo el hábito. Los médicos diagnosticaron que era un maniático dipsómano. Es decir, cuando no bebía estaba deprimido. Físicamente, está arruinado. Tiene el corazón débil, y su organismo está a punto de derrumbarse.

—¿Por qué tiene interés en que oiga lo que pueda decir Durgan?

—Existe una relación entre el caso de Richard Durgan y la muerte de Linda. En ambos concurre Mr. Tryx.

—No pretenderá decirme que Irving Gilbert tuvo la menor parte en la muerte de mi hermana.

—Es bastante posible. Pero prefiero que antes oiga a Durgan.

El coche penetró por una secundaria, apartándose de la entrada oeste de la ciudad.

—¿En qué está pensando, Kent?

—Primero, en usted. Demuestra mucho interés en arrojar una cortina de humo velando la clarísima culpabilidad de Mario Adriani.

—Demuestro mucho interés en hacerle comprender que allá donde de cerca o de lejos intervenga Mr. Tryx, hay un interrogante. Y por el porvenir de Glenda, si pudiese demostrarse la inocencia de Mario, ¿no cree que sería una obra misericordiosa?

—Nada ni nadie devolverá la vida a la madre de Glenda.

—Pero podría evitarse que Glenda creciera sabiéndose la hija de un asesino.

—La intención es buena, Hilda. ¿Cómo es que usted nos esperaba allá en Blue Lagoon?

—Una auxiliar de mi agencia vigilaba discretamente las andanzas de Mitzi Nilssen, que actúa como una de las secretarias de confianza de Irving Gilbert. Supe que Mitzi Nilssen acechaba la casa de la señora Wagner, y que les siguió a usted y la niña hasta el hotel. Después, Mitzi, pretextando que estaba enamorada de usted, sobornó al empleado del hotel, logrando que este le recomendara las cabinas oeste de Blue Lagoon. Mi agente femenino, también sobornó al empleado.

—¿Pretextando también estar flechada por mis encantos?

—Simplemente diciendo ser una mujer celosa. Y por esto, pude yo anticiparme a ellos dos y a usted. Conseguí que Thompson, el empleado de las cabinas oeste, me dejase sustituirle por veinticuatro horas. Para Gilbert y Mitzi yo fui solo la encargada de las cabinas.

Pensó Nolan que Hilda Dora era el investigador ideal. Pocos podían recelar que aquella linda mujercita poseyera un cerebro habituado a «crímenes, pistas, huellas, autopsias»…

CAPÍTULO V

EL coche pasaba por una alameda flanqueada de grandes muros, cercando extensas propiedades: La Senda de los Millonarios.

Penetró por un camino señalado como privado, hasta atravesar el dintel de una enorme verja.

La casa de Richard Durgan era del tipo colonial. Cruzando una amplia terraza, llegaron al pórtico entre columnas.

Abrió la puerta un individuo de agradable aspecto, vestido de blanco desde su cuello duro, hasta los zapatos de lona.

—Buenas tardes, señorita Dorn. La está esperando el señor Durgan.

Les precedió por el vasto *hall* hasta un salón. Trofeos de caza, cuadros valiosos, mobiliario suntuoso y una temperatura de invernadero.

Cerca de uno de los ventanales había dos hombres. Uno en pie. Debía tener unos treinta años. Moreno, esbelto, bien parecido, vistiendo con sobria severidad distinguida.

El otro sentado en un sillón de ruedas, era una ruina física. La carne colgaba blandamente de su rostro como si fuera a desprenderse. Sus ojos de un claro azul, tenían acuosa transparencia y cierta febrilidad clarividente, como si adivinase que le quedaban pocos días de vida.

Richard Durgan, envueltas las piernas en una manta escocesa, tendió la diestra que estrechó Hilda. Su voz era sorprendentemente firme.

—Bienvenida como siempre, Hilda. Encantado de conocerle, Nolan. Telefónicamente me advirtió Hilda que vendría usted a visitarme. Les presento a mi sobrino Harold Clancy, abogado.

Harold Clancy se inclinó sobre la diestra de Hilda. Con una cortesía que no por anticuada, dejase de complacer a una mujer,

pensó Nolan.

Sentándose, pensó también que había cierta tensión. El anciano proseguía:

—Últimamente he sufrido algunos ataques cardíacos, y como la búsqueda de mi hija adoptiva debe seguir aunque no esté yo en vida, he requerido a mi sobrino para que esté al corriente de la investigación y de todo lo concerniente a Irving Gilbert, alias Mr. Tryx.

Era evidente que a Hilda no le gustaba la intromisión del sobrino del millonario. Lo exteriorizó sin rodeos:

—Habíamos acordado, señor Durgan, que limitaríamos nuestra investigación al menor número posible de personas enteradas.

Richard Durgan se palpó las fláccidas mejillas con dedos algo temblorosos al comentar:

—Poco me queda ya de persona, y me considero jovialmente un medio cadáver. Por esto, en evitación de que de un momento a otro la otra mitad se derrumbe, prefiero que mi sobrino esté enterado de todo.

Harold Clancy, envarado, manifestó secamente:

—Si la señorita Dorn considera mi presencia inoportuna, me retiraré. No obstante, objetaré que tampoco el señor Nolan estaba en el secreto de la investigación acerca de Gloria Farrel.

—Nada de actitudes desplazadas, Harold —exigió Durgan—. Estimamos Hilda y yo que era conveniente que Nolan supiera la clase de alimaña que es Mr. Tryx. Hilda no tiene nada en contra tuyo personalmente. Es detective y siempre teme indiscreciones. Pero tú has jurado seguir la pauta tal como convenimos Hilda y yo, en lo concerniente a la búsqueda de Gloria. Y Nolan está presente, porque según parece a Mr. Tryx la preocupa la supervivencia de la pequeña Glenda Adriani. Señor Nolan, ¿le ha dicho algo su sobrinita referente a Mr. Tryx?

—Solo ha dicho que Irving Gilbert estuvo en casa de la señora Wagner, y que tiene ojos de lobo hambriento.

—Una descripción breve y ajustada. En efecto, Gilbert es un lobo de clase más repelente que los genuinos. Según tengo entendido, anoche sufrió usted un accidente.

—Fallaron los frenos de un cacharro que compré el día anterior

a precio de saldo.

—¿Y esta mañana?

Miró Nolan a Hilda, que especificó:

—El mecánico que reparó el «Olimpia» vio que faltaban los dos vástagos de sujeción de los frenos. Ningún vendedor pondría en circulación un coche sin la elemental precaución de cerciorarse de que los frenos están en perfectas condiciones. El señor Nolan estima posible que dichos vástagos pudieran saltar en cualquier momento.

—Pero ¿y el accidente de esta mañana? —insistió Durgan.

—Glenda estuvo a punto de ahogarse. Y realmente, en el estado físico del señor Nolan, aún contuso por el golpetazo recibido contra el volante, había muchas posibilidades de que Glenda pereciese.

—¿Cómo ocurrió?

—Dijo Glenda que había visto un pajarito flotando. Un pajarito que no piaba y que se retiraba laguna adentro siempre que ella adelantaba la mano para cogerlo.

Hilda Dorn informaba con exactitud, pensó Nolan. Objetivamente.

—Vi a Gilbert sacando algo del anzuelo de su bramante. Algo que abultaba mucho más que un cebo ordinario.

—La pequeña, ¿no gritó? —intervino Clancy.

—En efecto, pero según dijo Mitzi Nilssen, el señor Gilbert es sordo, y se había dejado el acústico en la cabina —aclaró Nolan.

—Falsa sordera. Un truco de Mr. Tryx. Una manera de hacerse repetir las cosas y, cuando es preciso, registrar ciertas respuestas en el supuesto acústico.

—Esto lo supone usted, tío Richard, pero legalmente deberíamos tener una prueba para…

Alzó Durgan la arrugada mano amarillenta, atajando a su sobrino…

—¿Qué sucedió apenas salvó el señor Nolan a la pequeña?

—Tanto Gilbert como Mitzi emprendieron una retirada muy elocuente. Temieron sin duda que el señor Nolan fuese a hacerles unas preguntas difíciles de contestar.

Fijó Durgan sus claros ojos en Nolan:

—Tenga mucho cuidado con la pequeña. Si Gilbert fue a la laguna, y se sucedieron dos accidentes, debe ser porque la pequeña

sin poderlo precisar oyó o vio algo muy comprometedor para Gilbert, alias Mr. Tryx, un perfecto verdugo de género especial.

—Nolan desconoce los detalles concernientes a Gloria Farrel.

Arqueó Durgan las blancas cejas:

—¿No está al corriente de la profesión especial de Mr. Tryx?

—No.

—Bien… Irving Gilbert, alias Mr. Tryx, es una de las más perniciosas alimañas humanas que el mundo puede engendrar. Se beneficia de cierto poder hipnótico que le permite enriquecerse a costa de la humana necesidad, en ciertas ocasiones, de un consejero psicológico. Su radio de acción, abarca principalmente personas nerviosas y fácilmente impresionables. Tal es el caso de mi hija adoptiva Gloria.

Había una fotografía en colores sobre la repisa. Representando a una jovencita rubia, de ojos acules.

—También se beneficia mucho Mr. Tryx, jactándose de curar a los maniáticos bebedores. Tal fue mi caso. Gilbert no es médico ni psiquiatra. Estudió Medicina, sin acabar la carrera, y adquirió maneras autoritarias y un léxico persuasivo. Se diplomó en la ciencia Yogui y otros métodos de sugestión. Aprovechándose de la blanda legislación que no ampara lo suficiente contra charlatanes de esta índole, Mr. Tryx tiene un gabinete consultorio y una casa en el campo, para tratamientos. Cobra altas tarifas para exprimir al máximo a quien confía en él. Sepa, señor Nolan, que no me guía ningún prejuicio ni hablo de oídas. Yo fui cliente de Mr. Tryx. Explícalo tú, Harold.

Clancy adoptó el aspecto de un leguleyo informando:

—Mi tío Richard había consultado a eminentes especialistas, sin obtener resultados positivos sobre su dolencia crónica del hígado…

Le interrumpió la cascada risita del anciano:

—Un hígado inundado de alcohol, no podía curarse, si seguía inundándose de alcohol. Es un axioma, sobrino. Pon las cosas en su punto justo, Harold.

Tosió Clancy, aclarándose la garganta:

—Mr. Tryx, según oyó comentar mi tío Richard, podía curar la dipsomanía sin tener que recurrir al método drástico habitual de una total prohibición. Legalmente no puede procederse contra Mr.

Tryx, puesto que hace firmar un documento eximiéndole de toda responsabilidad y concretando que él no ejerce medicina ni terapia alguna, sino simplemente una labor de consejero amistoso. Y la Ley no prohíbe aceptar donaciones por consejos. Mr. Tryx indicó que mi tío debía recluirse durante unas semanas en una clínica.

—¿Su casa de campo? —inquirió Nolan.

—Oh, no. Una clínica estatal, netamente ajena a toda sospecha de explotación. Y durante la permanencia de mi tío Richard en la clínica…

—Gilbert se había ganado la confianza de Gloria, Una niña que yo había adoptado a los cinco años de edad, a la que di el trato de hija. Enseña la fotografía de Gloria al señor Nolan, sobrino.

Harold Clancy cogió de la repisa el cuadro, entregándolo a Hilda que se sentaba en el diván, al lado de Nolan.

Este contempló de cerca la fotografía en color. Una muchacha bonita, de ojos azules, rubio cabello dorado. Un rostro infantil, algo abobado, como el de las muñecas peponas.

—Esta fotografía fue hecha cuando Gloria tenía veintidós años. Hoy tiene veintiséis. ¿Qué le parece, Nolan?

—Una preciosa muchacha, con aspecto de real inocencia.

—Bien definido. Es exactamente Gloria… Una inocente total. Una criatura confiadísima, crédula a más no poder… Habla, sobrino.

—Gloria es un poco lenta cerebralmente. No lo aparenta, pero es una retrasada mental. Muy confiada, como una niña…

—¡Y esclavizada por el canalla de Gilbert! —estalló Durgan.

Respiró anhelosamente, cubriéndose los labios con el pañuelo.

Intervino Hilda:

—Gloria Farrel se marchó voluntariamente con Irving Gilbert hace ya unos cinco meses.

—Y desde entonces, solo he podido hablar con Gloria, una sola vez. Telefónicamente. Me llamó ella misma, para decirme que no hiciera nada para impedir su relación con Gilbert. El tono de su voz parecía asustado. Y la llamada tuvo lugar un día después de la muerte de Linda Adriani. Yo no habría conectado los dos casos, es decir la muerte de Linda Adriani y la esclavitud amorosa de Gloria, a no ser porque Irving Gilbert alias Mr. Tryx, fue convocado como

testigo en el proceso contra Mario Adriani. Pero esto ya lo sabe usted, señor Nolan.

—No. No seguí el proceso. Se trataba de mi hermana… y no quise presenciar ni saber los detalles. Además la agencia en la que trabajo como escolta, pensó lo mismo, y retrasó la notificación hasta el término del proceso. Los detalles los he sabido hoy mismo por la señorita Dorn.

—Expuse en resumen de las pruebas periciales —aclaró Hilda.

—Entonces, tendrá usted el pleno convencimiento de la culpabilidad de Adriani.

—Parece indiscutible, a menos que demos por posible un complot acordado por la policía, el tribunal, la prensa, los testigos y el público.

Richard Durgan palpóse la mejilla. Debía ser en él un tic nervioso.

Y lentamente dijo:

—Hay algo extraño bajo las netas apariencias del caso Adriani. Y estoy seguro de que si pudiéramos localizar a Gloria, ella podría aportar una luz distinta sobre el caso de Linda Adriani.

—Disiento, y no se lo he ocultado, tío Richard —declaró Clancy —. He estudiado detenidamente el proceso desde la primera indagatoria hasta el oficio cerrando el expediente. Gilbert no fue un testigo importante. Y usted mismo reconoce que su rencor hacia él, puede extraviarle. Concretamente, yo creo que Gloria, enamorada de Gilbert y deseando casarse con él, está avergonzada al ir transcurriendo el tiempo sin obtener su propósito, y por eso no quiere volver a esta casa.

—¿Por qué no ha acudido a la policía oficial, señor Durgan? —inquirió Notan, prácticamente.

—No tenemos un asidero legal. Gloria es mayor de edad, y libre de disponer de su persona. Posee rentas propias y de la fortuna que lo dejé al cumplir los veinticinco años. Clínicamente tampoco puede ser declarada enferma. Estoy convencido de que Gilbert se apoderó de todo el dinero de Gloria. Pero tengo un plan que creo le obligará a permitir que ella venga a verme. Escribiré a Gloria, en sobre doble, a la dirección de Mr. Tryx. Declarando que sintiéndome próximo al último viaje, le dejaré una importante cantidad en herencia, siempre y cuando acceda ella a servirme de

compañía en mis últimos días. Sé que Gilbert es un avaro, que solo piensa en acumular riqueza. Consentirá… Y entonces, con Gloria a mi lado, podré averiguar ciertas cosas referentes a Mr. Tryx. Estoy convencido que Gloria sabe cosas que pueden enviarle a presidio para el resto de sus malditos días.

Intervino Harold Clancy:

—Solo he hablado una vez con Gilbert, cuando usted me envió a preguntarle por Gloria. Dijo que ignoraba su paradero y me dio la impresión de ser un sujeto inteligente y astuto. No caerá en la trampa, tío Richard, ni aconsejará a Gloria que venga a verle.

—O tal vez sí. De todos modos, está fuera de dudas que Gloria no reside con Gilbert en su domicilio de Los Ángeles ni en su casa de campo.

—Usted, señor Durgan, podría conseguir que la policía buscase a Gloria —insistió Nolan.

—No lo he hecho, aunque lo haya pensado repetidamente, ni lo haré.

—Mi tío Richard teme que esa táctica pueda suponer represalias contra Gloria, por parte de Gilbert.

—¿Represalias? —inquirió extrañado Nolan—. Creo que tratan con demasiada delicadeza a Gilbert, Míster Tryx o lo que sea.

Apuntó Durgan un índice tembloroso hacia Nolan:

—Si Gilbert tuviera bajo su influencia y en su poder a Glenda, estoy seguro de que usted también temería tomar medidas directas contra él. Y mentalmente, Gloria es tan infantil como su sobrina.

Se llevó Durgan la mano al corazón, crispando el rostro.

—Recuerde, Hilda… Es preciso que encuentre cuanto antes a Gloria, sin que ello pueda suponer el menor peligro para ella. Y ahora, les ruego me dejen solo…

—¡Lewis! —llamó Clancy.

Entró el enfermero dirigiéndose a la vitrina donde ya estaba dispuesto el instrumental para inyectar, y había un anaquel lleno de tónicos cardíacos.

En el vestíbulo, comentó Clancy:

—Últimamente se repiten con frecuencia esos ataques.

Les acompañó hasta el coche, diciendo al despedirse:

—Sé que hará lo imposible, señorita Dorn, para hallar cuanto

antes a Gloria. Buenas tardes, señor Nolan.

Abandonando el parque, conduciendo, opinó Nolan:

—Su cliente tiene millones, y podría alquilar escuadrones de detectives, pistoleros, bribones astutos… Gente que podría reducir a Gilbert a la condición de lio roso aterrorizado.

—Y Gilbert, que también ha pensado en esto, habrá tomado sus medidas, sabedor del cariño que profesa el viejo a Gloria. ¿Comprende ahora por qué le invité a venir a casa de Durgan? En cierto modo, están conectados los casos Adriani y Gloria.

—¿Por qué cuando llegamos a la laguna, no me previno usted en contra de Gilbert?

—No sabía lo que pudiera proponerle Gilbert. Podía haber tenido solamente la intención de entablar amistad con usted. También pensé que convenía que Glenda por sí misma le dijese a usted que recordaba a Gilbert y a Mitzi. Así, usted empezaría a encontrar extraño que ellos dos estuviesen allí.

—Hablemos ahora de la supuesta relación entre Linda y Gilbert.

—Gilbert, en calidad de Mr. Tryx, necesita auxiliares. En sus anuncios de la prensa, solo puede imprimir que es un consejero de optimismo. Y no puede ir por las calles deteniendo a bebedores maniáticos, tocándoles en el hombro, y diciéndoles más o menos: «Atiéndame, caballero; usted necesita los servicios de un especialista en curaciones sin medicinas ni tratamientos clínicos. Yo puedo curarle».

—Es imposible que mi hermana se prestase a ser el gancho de un tipo como Mr. Tryx. Además, existen leyes contra los curanderos.

—Mr. Tryx no es un curandero. Es un «vendedor de felicidad». Consejos, charlas amistosas, instrucciones persuasivas… Además, Gilbert tiene fundada una asociación legalmente inscrita, cuyos miembros son gente que él curó. Gente impresionable, nerviosa, a la que él supo bailar el punto débil.

—¿Qué prueba tiene usted de que Linda anduviera mezclada en este tinglado? Ella era muy puritana, y tenía casi un sentido anticuado de las conveniencias. Y me chocó como… como una irreverencia, que Glenda dijese que su madre era asidua de un bar llamado «Monik», donde era conocida como bebedera.

—Horrible.

Hilda Dorn, que hasta entonces miraba rectamente a su acompañante, desvió la vista hacia el exterior del coche:

—Lo siento, Kent. Linda bebía, y era asidua del «Monik». Personalmente vi un día que dejaba fuera a la niña, entraba y con ansia bebía dos o tres whiskies seguidos. ¿Qué tiempo hace que vio por última vez a su hermana, Kent?

—Cuando se casó. Tenía ella por entonces diecinueve años. Luego, vino la guerra, estuve en Europa… En efecto, cerca de nueve años sin verla…

—Admita entonces que en nueve años pueden suceder muchos cambios. Y admita que por un motivo que ignoramos, Gilbert supone que la pequeña es un peligro para él.

—Admitido. Pero si era así, ¿por qué iba a esperar que yo viniese para empezar… a tender trampas destinadas a matar a la pequeña?

—Creyó, posiblemente, que usted renunciaría a tutelar a Glenda, o que la dejaría seguir en casa de la señora Wagner.

—Por lo tanto, establece usted una posible complicidad entre Gilbert y la señora Wagner.

—En efecto.

—¿Por qué actuó como testigo Irving Gilbert en el proceso?

—Dijo que Linda había acudido a su consultorio pidiendo consejo.

—¿Qué consejo?

—Textualmente declaró Gilbert: «Deseaba saber si su marido, que tenía frecuentes arrebatos coléricos, mostrándose injustificadamente celoso, podía curar de aquella manía y de sus arrebatos». Gilbert añadió que aconsejó a la señora Adriani que llevase a su gabinete a Mario. Y que esperó en vano la visita de Mario.

Kent Notan deglutió antes de preguntar:

—¿Estaban justificados los celos de Mario?

—La prueba policial demostró que Linda era irreprochable.

—¿Y usted… qué piensa?

—Estoy convencida de que Linda solo quería a Mario, y no tuvo el menor devaneo con ningún otro hombre.

—Gracias. Entonces, el indulto de la pena de muerte le ha sido denegado a Mario porque pretendió simular un accidente.

—Así es. No valió que el defensor esgrimiera la atenuante de obcecación celosa y carácter violento. Si Mario hubiese matado en un acceso de cólera, hubiese sido distinto. Realmente, él podía tener sus dudas íntimas acerca de la procedencia del dinero en poder de Linda. Lo cierto es que otros testigos declararon que, con frecuencia, Mario discutía con Linda violentamente. Pero no dijeron que sus reproches se debían a que Linda descuidaba mucho a la pequeña.

—En una palabra, usted opina que Gilbert intervino de algún modo en la muerte de Linda. Y hasta piensa tal vez… que tendió tan hábilmente la trampa que Mario fue abrumado por las pruebas en contra.

—Yo solo debo obtener pruebas de que Gilbert no intervino en esa muerte. ¿Quiere ayudarme?

—Yo soy un escolta, no un investigador. Además, no pretendo enmendarles la plana a policía y jueces. Por ahora, ¿qué indicios existen que permitan dudar? Divagaciones de niña y dos accidentes. Nada más.

Insistió Hilda Dorn:

—¿Quiere usted ayudarme?

—Sumamente gustoso, puesto que en dos ocasiones ya me sacó de apuros. Del cacharro y del agua.

—Entonces, mañana con cualquier pretexto me agradaría poder visitar la casa de la señora Wagner.

—¿Qué piensa hallar en ella?

—Pudiera muy bien ser que no existiendo ya la posibilidad de alguna indiscreción de la pequeña Glenda, Dorothy Wagner tenga como inquilina secreta a Gloria Farrel. Tengo la convicción de que la Wagner y Mr. Tryx son tal para cual. ¿Mañana al mediodía, Kent?

—Como un clavo. ¿Dónde?

—Donde ahora me dejará usted.

Kent Nolan vio entrar en su casa a Hilda Dorn. Una residencia de solteras.

Pensó que había solteras que no merecían serlo.

CAPÍTULO VI

EL bar «Monik», en el Bulevar de Santa Mónica, tenía un portero en su umbral que daba fe del letrero: «Reservada la admisión». Su aspecto contrastaba con el de la deliciosa pelirroja de faldellín corto y blanco chaleco, que además de cigarrillos, bombones y flores, se encargaba de proporcionar el número correspondiente a las prendas entregadas a su cuidado.

El portero había mirado con cierto recelo a Kent Nolan, clasificándole mentalmente de detective privado. La pelirroja no se preocupaba de la posible profesión del nuevo cliente del «Monik».

A un lado de su mostrador había una cartelera. Direcciones de manicuras, masajistas, astrólogos… Pero un anuncio atrajo la total atención de Kent Nolan:

«MR. TRIX Vendedor de Felicidad.
A cualquier hora,
los desesperados llaman al 13-13.»

—¿No duerme nunca Mr. Tryx? —inquirió Nolan, señalando el anuncio.

—Oh, bien… Supongo que tendrá secretarios.

—¿Sabe si el teléfono corresponde a la dirección de Mr. Tryx?

—Creo que no. Es simplemente como si dijéramos la centralilla. Toman nota, y dan la dirección a la que debe acudir el consultante.

Se notaba que la pelirroja consideraba imposible que el preguntón pudiera estar desesperado. Sería solamente un curioso. Y añadió:

—Lo hace así para evitar periodistas y detectives.

—¿Cómo lo sabe?

—Al bar acuden componentes del Círculo Tryx, personas que un día estuvieron desesperadas y a las que Mr. Tryx devolvió la alegría de vivir.

Sonrió ella como excusándose, y fue a recoger el panamá de un cliente.

Kent Nolan se dirigió al teléfono, junto a la cortina que desde aquel corredor daba acceso al bar. Marcó el 13-13.

Una voz femenina recitó:

—Consultorio de Mr. Tryx. Dígame, por favor.

—Deseo una entrevista directa con Mr. Tryx.

—Muy bien, señor. ¿Nombre, estado y profesión?

—Kent Nolan, soltero y «P-man».

Una pausa, y la voz femenina fue diciendo lentamente:

—Mr. Tryx le recibirá personalmente. 315 Alvarado Road, West, Los Ángeles. Buenas noches, señor Nolan.

Conduciendo hacia la dirección cuyo emplazamiento le dio la pelirroja, Kent Nolan seguía creyendo que las sospechas de Hilda Dorn eran infundadas.

Muy posiblemente, Irving Gilbert era un charlatán que explotaba la humana credulidad, pero de esto a suponer que pudiera planear el asesinato de una criatura, mediaba un abismo.

Su intención era preguntarle detalles acerca de Linda Adriani, y personalmente, juzgar qué clase de individuo era Mr. Tryx, el pescador solitario de las gafas negras.

En realidad, se daba cuenta que de Irving Gilbert solo tenía una imagen: la de un hombre encorvado, sentado en un bote, sombreado el rostro por un pajizo.

Una imagen muy imprecisa.

El número 315 de la extensa avenida que era Alvarado Road, correspondía a un edificio que a primera vista parecía un almacén. Bajando del coche, se aproximó Nolan a la pequeña puerta.

En el muro entre la portezuela y el portalón, una pancarta decía:

«ESMALTES Y PINTURAS. PURCEL BROTHERS.»

Al ir a apoyar el pulgar en el timbre, la puerta se abrió. Un

individuo con chaquetón casero, cedió paso señalando al fondo del pasillo, otra puerta abierta.

—Mr. Tryx me dio cita.

Asintió el desconocido, volviendo a señalar el fondo del pasillo. Cortinajes de un claro beige a lo largo de las paredes y manos entrelazadas como apliques de las lámparas, daban un aspecto extraño pero amable, al largo corredor.

Mas al traspasar el dintel, respingó Nolan. No era el que estaba sentado tras el despacho, sino el que le había recibido, el que en su costado hincaba un objeto cilíndrico.

Por suerte, no era el costado cubierto por un apósito.

—Pura formalidad, Nolan —sonrió el que estaba tras la mesa, bastante parecido al que estaba a su lado—. Hay visitantes cuyos nervios están muy alterados, y no deseamos que Mr. Tryx sufra el menor daño. ¿Tiene la bondad de entregarle su arma a Beefy?

«Beefy» merecía su sobrenombre porque su rostro parecía hecho de sangrientos bistés. Sus manos debían matar una ternera sin necesidad de puntilla ni mazo.

—Pura formalidad —repitió el de la mesa.

No le gustaban aquellas formalidades, ni menos el aspecto de los dos recepcionistas. Kent Nolan alzó la diestra para sacar su «Browning» de la funda.

Dominó su deseo instintivo de aplastar la culata contra el rostro de Beefy, tendiéndole el arma cogida por el cañón. Y apenas Beefy cogía la «Browning» se encogió Nolan.

Era como si una taladradora le perforase el costado parcheado. Vio una serie de lucecitas, y hubo apagón general, cuando cayó de cara contra la mullida alfombra.

Sacudiendo la cabeza, no pensó en el tiempo de duración de su «K.O.», sino en que aquellos dos sabían perfectamente que su punto vulnerable radicaba en las costillas contusas.

El puñetazo en la nuca lo había dado Beefy como un experto entrenado. En la precisa vértebra cervical. No hacía falta pegar muy recio, sino acertadamente.

Removió un poco las piernas, hasta quedar sentado en el sillón donde había sido gentilmente transportado, y logró apaciguar los pinchazos del costado.

Pasóse la lengua por sus labios, absorbiendo el sabor a sangre.

Otro pinchazo le importunaba a un lado del cuello. Beefy sostenía por el otro extremo el largo cortapapeles, de punta muy afilada.

Y tras la mesa, seguía sonriendo el otro. El que llevaba la batuta.

Una sonrisa que inspiraba vehementes deseos de convertirla en mueca asustada. Y Kent Nolan dedicó su máxima atención al propósito de provocar aquel cambio, apenas hallase la ocasión propicia.

Convenía, de momento, parlamentar:

—Estamos perdiendo el tiempo, hermanos. Habéis equivocado el número.

El que estaba tras la mesa, se tocó el pecho con un índice de grosor similar al de Beefy.

—Conviene ilustrarte, Nolan. Yo soy Rodric Purcel y al igual que Beefy, tenemos licencia de escoltas, como tú. Lo somos de Mr. Tryx, y nos encargamos, con la aprobación de las autoridades oficiales, de impedir que ningún tío listo importune a Mr. Tryx. No se viene de visita con armamento. No, no… Esto es motivo suficiente para exasperar a Beefy, fiel y agradecido servidor de Mr. Tryx.

Apartó Nolan un poco la cabeza, pero la punta del estilete siguió a la misma distancia. Arañando la piel del cuello, cerca de la yugular.

—Siendo del gremio, Beefy no las tiene todas consigo, ¿comprendes? —manifestó el sonriente Rodric—. ¿Para qué deseas ver a Mr. Tryx?

—Consulta personal.

Tuvo que ladearse un poco más, para impedir que la punta del estilete se adornase con un rubí.

—Abreviemos, Roddy —habló por vez primera el otro Purcel.

Una voz ronca, sin matices afables como la de Roddy.

Este arqueó las cejas como quien de pronto recuerda algo:

—Cierto, cierto, Beefy. Es indudable que Mr. Tryx adivina el pensamiento, porque nos avisó que posiblemente un tal Nolan haría por verle. Y él quiere verte. Sí, quiere verte.

—Pues creo que aquí estoy, ¿no?

—Pero con un detalle complementario que no está aquí. Puede remediarse. Quiere verte a ti y a la mocosa. Según parece, no está inscrita en ningún hotel.

Tenía razón Hilda Dorn. Se daba cuenta ante la evidencia aplastante.

Y había urgencia, por cuanto se decidía Mr. Tryx a emplear el método directo.

—No veo por qué os molestáis en emplear tantas filigranas, hermanos. Precisamente es a propósito de la pequeña por lo que deseo ver a Mr. Tryx.

—¿Dónde está ella?

—En una guardería.

El cuchillo dejó de arañar, manteniéndose a milímetros.

—¿Dónde?

—Canyon Pass, tercer bloque de Junction Laurel.

Rodric Purcel alargó la mano hacia la guía de teléfonos. Advirtió Nolan:

—Dejé encargado que solo a mí me entregasen la niña, puesto que soy su tutor.

Había dado la dirección de la primera guardería infantil a la que había telefoneado. Solo admitían menores bajo legítima tutela paternal.

Retiró Rodric la mano, y se aproximó la de Beefy.

A la izquierda la pantalla, y a su derecha Beefy. Frente a él, una mesa que para entrar en acción tenía que levantarse…

—Naturalmente, dije que una nota por mi firmada, y tienen registro de la firma, serviría…

—A ello, pues. ¿A qué esperas, hombre? —invitó, campechano, Rodric.

La zurda de Beefy sostenía la «Browning» expertamente. Cañón en alto, culata sobresaliendo levemente de la palma cerrada.

—Esto es un truco —rezongó Beefy.

—Se comprobará pronto…

Rodric Purcel calló porque la lámpara, barriendo la mesa, chocaba contra su pecho, y a la vez volcaba Nolan el sillón a un lado. Estaba exasperado porque le dolían las costillas…

Se levantó sosteniendo el sillón como escudo y mazo. Lo oyó crujir al chocar contra Beefy, y siguió girando sobre sus tacones. El sillón prosiguió en su vuelta por encima de la mesa.

Más de la mitad del sillón se desarmó sobre la mesa y Rodric. Inservible ya. Pero Beefy se ponía en pie, encañonando…

Kent Nolan chutó con todas sus fuerzas, gimiendo porque desde el estómago de Beefy, la puntera de su zapato le repercutía en las propias costillas.

Se olvidó de las costillas y de Beefy, y enlazando ambas manos las bajó violentamente sobre la nuca de Rodric, que intentaba arrodillarse.

Beefy necesitaba un nuevo puntapié. El sitio ideal era el lado del cuello. Y volviendo a encogerse, Kent Nolan maldijo de sus costillas. Pero con satisfacción, porque ahora llevaba él la batuta.



Beefy necesitaba un nuevo silletazo...

Respiró unos instantes, dándose masaje en el costado, y calculando el mejor medio de inmovilizarlos juntos. El cable de la pantalla ya era inservible también, al haber saltado el enchufe.

Lo colocó en torno a una muñeca de Beefy, que boca abajo no opuso la menor resistencia, porque estaba totalmente ignorante de

lo que sucedía a sus espaldas.

Persistía Rodric Purcel en levantarse. Le ayudó Nolan con un gancho en la mandíbula. Medido para que fuera a caer lo más cerca posible de su hermano.

Solucionado el problema de juntarlos, solo quedaba enlazar una muñeca de Rodric con la otra libre de Beefy, para acabar el atadijo en torno a la otra muñeca de Rodric.

Ambos hermanos se soportaron fraternalmente, espalda contra espalda, apoyándose por un lado a la mesa.

Dedicó Nolan cinco minutos a hojear una agenda de direcciones. No había mención de Irving Gilbert. Pero tomó una dirección:

«Mitzi. 548, Blendorm Bungalows.»

Sentado en la esquina de la mesa, osciló una pierna. El pie rozaba como un péndulo la barbilla de Rodric Purcel que retrocedió un poco, a cambio de obligar a su insensible hermano a inclinarse.

Ya no sonreía. Ya tenía la conveniente mueca asustada.

—Como somos del mismo gremio, te voy a hacer una rebaja, Roddy. Yo te contesté, y ahora es tu turno. ¿Dónde puedo ver a Mr. Tryx?

Escupió Purcel un pequeño fragmento blanquecino, y al hacerlo mostró la melladura reciente en su incisivo. Se le iban hinchando los labios, y por eso excusó Nolan que fuera un poco tartajoso el informe:

—Ninguno de nosotros sabe la dirección. Pero llamando al 13-13…

El pie se detuvo de plano sobre la mitad inferior del rostro del informante, que se hizo más tartajoso:

—Pegando no puedes sacarme lo que no sé.

—Pero él os dio instrucciones acerca de que yo viniese con la niña. ¿A dónde debía ir con la niña?

—Debíamos telefonear al 13-13 comunicando que estabais aquí…

Empujó un poco con el pie a plano Kent Nolan. Aquel par no eran más que acólitos empleados en dar y recibir.

Simples escoltas, que nunca sabían las verdaderas intenciones del que pagaba. Quitó la conexión del teléfono, arrancándola por sus dos lados.

—Los desesperados llaman al 13-13, pero vosotros no estáis en situación desesperada. Aproximándose a la puerta, se volvió para añadir—: A menos que volvamos a chocar, Roddy. Sigue con tus pinturas y esmaltes, pero no vuelvas a tiznarme. Por una vez, tiene pase. A la segunda, me enfadaría, ¿comprendes, Roddy?

No obtuvo respuesta, porque Rodric Purcel, inclinando la barbilla sobre el pecho, pareció adormilarse pensando en la factura de mobiliario y clínica.

CAPÍTULO VII

EN el salón de la residencia para solteras, un cartel anunciaba que las visitas de caballeros solo podían tener lugar hasta las diez de la noche.

Los sábados y domingos hasta las once. Era sábado y solo marcaba el reloj las diez y cinco. Hilda Dorn apareció, vestida como si se dispusiera a salir.

—La telepatía debe existir, Kent, porque pensaba precisamente ir a su hotel. Tengo a veces una corazonada, y me es imposible conciliar el sueño. He estado pensando en lo que le dije al separarnos, respecto a que no estando Glenda en casa de la señora Wagner, esta puede muy bien tener en una de sus habitaciones a Gloria Farrel. Sí, tengo el convencimiento de que entre Gilbert y la señora Wagner existe una gran compenetración. Y la casa de la señora Wagner en aquel callejón triste y poco concurrido, es el sitio ideal. Podríamos ir ahora mismo, pretextando usted que va a recoger algunas cosas de su hermana.

—Vamos —dijo lacónicamente Nolan.

Solo en el coche, comentó ella:

—Tiene usted los ojos estriados en sangre, y también hay un poco de sangre en su cuello.

—Llamé al 13-13.

—Ah… Empieza entonces a interesarle Mr. Tryx.

—Mucho. Fui recibido por dos fraternales escoltas, y pude dominar la discusión. No saben la residencia fija de Mr. Tryx, pero obtuve en una agenda la dirección de Mitzi Nilssen. He estado allá y no hay nadie; un amable vecino me informó que la señorita Mitzi tiene por costumbre trasnochar, no apareciendo por su departamento antes de la medianoche. He venido a buscarla, porque para interrogatorios de una mujer, considero que usted es la

más indicada.

—La discusión que ha sostenido, ¿sobre qué versó, principalmente?

—Sobre Glenda. Quiera verla Mr. Tryx. Inmediatamente.

—Entonces, ahora ya está usted convencido de que existe una estrecha relación entre la muerte de Linda y algo que pudo oír Glenda.

—Todavía no. Pudiera muy bien ser que la pequeña oyese algo relacionado con Gloria Farrel, u otra persona. ¿Sabe usted dónde podríamos encontrar a Míster Tryx?

—Nunca se le halla directamente. Hay una serie de afiliados al Círculo Tryx interponiéndose.

Detuvo Nolan el coche en el aparcamiento de la esquina. La calle seguía teniendo el aspecto de abandono y de quietud. Bajo el porche resonaron sus pasos.

Hilda Dorn estudiaba la topografía. Había un ático, con una sola ventana. Y un sótano.

La señora Wagner entreabrió la puerta, reteniéndola sujeta por la cadenilla. Brillantes los negros ojos…

—Buenas noches, Nolan. ¿No trajo usted a la niña?

—No. He venido para otra cosa. ¿Podemos entrar?

Abrió ella del todo la puerta y, entrando, dijo Nolan:

—Le presento a Hilda Dorn, la nueva institutriz de Glenda, señora Wagner.

Estaba amable Dorothy Wagner. Sonrió, comentando:

—Es un acierto colocar junto a Glenda una joven bonita e instruida. ¿En qué puedo servirle, Nolan?

—Se trata de las cosas personales de Linda. He pensado que tal vez usted sepa dónde las guardaron… después del suceso. O quizá la policía las enviase aquí, como hizo con la niña.

—Eso es. Ha acertado usted. Hay dos cajas y una maleta. La encargada de los departamentos donde ocurrió el crimen, empaquetó las cosas personales de Linda después de que la policía las revisó. Me las enviaron, y tal como estaban siguen. Pensé en ello el día que usted vino, pero como parecía usted tener mucha prisa, me olvidé. Tengo sus cosas arriba. ¿Quiere usted comprobar su contenido, o las bajo?

—Usted misma, Hilda —invitó Nolan—. Yo esperaré aquí.

Dorothy Wagner asintió sonriente. Estaba amabilísima aquella bruja, pensó Nolan.

Al pie de la única escalera visible, Dorothy Wagner, precediendo a Hilda, comentó:

—Muy simpático, ¿no?

—En efecto.

—¿Le ha gustado la niña?

—Es encantadora.

Llegaban al rellano, y calculó Hilda que la puerta de la izquierda, correspondía a la ventana visible desde la calle. Aquella ventana que tenía un grueso cortinaje y cristales opacos.

Abrió Dorothy Wagner la puerta de la derecha. Desde la ventana se divisaban los patios interiores de las casas de la calle paralela. Una máquina de coser, maniquí, maletas, cajas, revistas y periódicos…

—Es el cuarto donde acumulo lo inservible, aunque antes cosía aquí. ¿Está Glenda con usted en la ciudad?

La pregunta estaba bien colocada, al final de unos comentarios triviales, y dicha en tono casual.

—Está con mi familia.

—¿Por qué no la trae mañana por la mañana? La echo mucho de menos.

—De acuerdo, señora Wagner.

—La pequeña debe mencionarme con frecuencia, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué dice de mí?

—Tonterías de criaturas, pero nada que no sea propio de criaturas.

Dorothy Wagner empujó varias cosas, hasta atraer dos cajas sobre la mesa.

—Estas son. Atadas con doble vuelta de bramantes. Una tenía una mancha de humedad en una esquina, y estuve tentada de abrirla para evitar se estropease el contenido, pero oliendo vi que era colonia. Y aquí está la maleta también.

Se inclinó para alzar un maletín de cuero.

—Hermoso maletín, ¿no, señorita?

—¿Tiene las llaves?

—Me fue entregado sin llaves. Pero si quiere usted ver su contenido, puedo facilitarle llaves viejas de esas que las mujeres guardamos; las tengo en la máquina.

Dorothy Wagner abrió un cajón de la máquina, presentando un manojo de llavines. Y entregándolas a Hilda, comentó:

—Debo decirle algo importante. Cuando Linda empezó a preocuparse por la actitud violenta de su marido, me dijo que adquiría licencia de armas. Se compró un revólver, enseñándomelo. La pobre no pudo usarlo…

El suspiro de la Wagner era un compendio de femenina hipocresía. Añadió:

—Linda me hizo la promesa de que cuando comprendiera que podía apaciguar para siempre a su marido, me regalaría este revólver. Yo, una mujer vieja, sola… ¿comprende? Y digo todo esto, porque sacudí la maleta y oí el ruido de algo pesado.

—Si es el revólver, no creo que el señor Nolan se oponga a que lo guarda usted. Es más, casi es preferible no hablarle de ello.

—De acuerdo.

Finalmente, uno de los llavines logró abrir, completando la acción de otro.

Prendas interiores, camisones, estuche neceser, y un rollo formado por un camisón lila en torno a algo pesado.

Desenrollando, cogió Hilda el revólver. Un «Smith-Wesson» calibre 7,65.

—Cuidado —rogó la señora Wagner.

Hilda apuntaba hacia el techo, y comprobó que el seguro estaba puesto. Pero el peine estaba vacío, y no había bala en la recámara.

—La policía debió vaciarlo. ¿Dónde lo pongo, señora?

—No me gustan estos trastos… Póngalo sobre la máquina, señorita.

—¿Puedo ver el contenido de las cajas?

—Necesitará unas tijeras. Voy a buscarlas.

Todo salía perfectamente. Oiría Nolan los pasos crujiendo en los peldaños de la escalera, mientras bajaba la señora Wagner.

Apenas era ya visible la espalda de la señora Wagner, corrió Hilda a la otra habitación. La puerta estaba abierta.

Una alcoba femenina y un pequeño cuarto de aseo. Limpísimo, contrastando con el resto de la casa. Alguien vivía allí, aunque en aquel memento no lo ocupase.

Una coqueta, con peines, cepillos, maquillajes… Y una cretona ocultaba perchas con vestidos colgando. Miró Hilda la etiqueta: «Chez Cermaine». Zapatos de tacón alto, algo vulgares, con tirillas, lacitos…

Era indudable que allí vivía una mujer en aquellos instantes, posiblemente oculta en otro sitio. Indudable que su corazonada había sido acertada: allí estaba recluida Gloria Farrel, la retrasada mental… la enamorada de Mr. Tryx.

Había dos abrigos de pieles. Y frascos de perfumes. Todo bastante chabacano. Cerrando la luz, corrió de nuevo hacia la otra habitación, donde fingió contemplar unas revistas atrasadas.

Subían juntos Dorothy Wagner y Nolan. Este indicó:

—No pierda el tiempo mirando ahora las cajas, señorita. Yo lo llevaré todo al coche.

Recogiendo la maleta y las dos cajas, una bajo cada brazo, dijo casualmente Nolan:

—La niña se refiere con frecuencia a un señor llamado Gilbert.

Dorothy Wagner «hizo memoria».

—¿Gilbert? Será Gilbert Decaux, el tendero.

—No. Un señor llamado Irving Gilbert.

—No le conozco. ¿Y qué dice la pequeña?

—Que Irving Gilbert venía a esta casa, y visitó hace tiempo a Linda.

—Ah… Sí, el señor Gilbert… Ya lo había olvidado. Hace tiempo que no viene. Además, no me gustaba. Iba siempre acompañado de una rubia ostentosa, seguramente de mal vivir. Una tal Mitzi… Esta sí que tuvo mucha relación con Linda. Recuerdo que Linda la veía con frecuencia, iban juntas al cine, de compras…

La despedida fue obsequiosa por parte de Dorothy Wagner, que repitió su petición de que la niña acudiera a verla a la mañana siguiente.

En el coche, conduciendo lentamente, expuso Nolan:

—Pude echar un rápido vistazo. Una casa desierta en su planta baja, y el sótano también.

—Pero arriba hay una habitación con ropa femenina. No me cabe la menor duda de que está allí Gloria, y cada vez que alguien va a visitar a Dorothy Wagner, esta debe hacer que Gloria se coloque en algún escondite.

—¿Voluntariamente?

—No olvide que Gloria es como una niña obediente. Por cierto, en la maleta había un revólver. Era de Linda y esta prometió regalárselo a Dorothy. Hay algo que no acabo de comprender en la Wagner. Por de pronto, mintió al decir que no había registrado nada.

—¿Por qué cree que mintió?

—Ninguna mujer se resiste a la curiosidad de explorar cajas y maletas cerradas. ¿Dónde dejaremos esto?

—Guárdelo en su cuarto, de momento. Yo he pensado que tengo que ver lo antes posible a Mitzi. Ya oyó… Se veía mucho con mi hermana, iban juntas… ¿Puede acompañarme?

—Naturalmente. Dejaremos esto en mi domicilio.

Al cabo de un rato, mientras esperaba a Hilda en el coche, pensó Nolan que era indudable que existían secretos en el comportamiento de la Wagner, en su relación con Mr. Tryx, pero sin que ello significase nada relacionado con el crimen cometido por Mario Adriani.

Hilda volvió enseguida, y se sentó a su lado.

—Falta aún tiempo para la medianoche. Tendremos que esperar a que llegue Mitzi —dijo Nolan, conduciendo hacia los Blendorm Bungalows.

—He cogido mis ganzúas. No se escandalice, Kent. A veces tengo que entrar en determinadas casas, procurando no dejar huellas. Dada la estrecha relación entre Mr. Tryx y Mitzi, es posible que esta en su casa tenga algo que pueda servirme de orientación.

—Esto es como avanzar por un túnel.

—Oliendo a violeta —sonrió ella, nerviosamente.

El «bungalow» propiedad de Mitzi Nilssen tenía una pequeña valla de madera pintada en verde, un jardincillo y patio posterior. Una sola planta, y lo estricto a juzgar desde afuera.

Lo suficientemente aislado para no temer indiscreciones vecinales. Las luces estaban apagadas en el «bungalow» más

próximo, que distaba unos cincuenta pasos.

Y también en el domicilio de Mitzi Nilssen.

—Tengo una linterna —susurró Hilda, cuando ambos estuvieron bajo las sombras de la veranda.

La tendió a Nolan, y empezó a probar ganzúas. Se apoyó un poco, y la puerta se abrió por sí sola.

Tanteó ella con la mano por la pared, buscando el interruptor.

Nolan le apresó la muñeca.

—Primero tenemos que comprobar si están echadas las cortinas.

Dirigió el foco de la linterna hacia el suelo. La luz reptó por la alfombra, hacia las patas de una mesa, ascendió hacia otra mesita, y por fin iluminó unas piernas femeninas, un diván…

Se inmovilizó el foco, dando de lleno sobre la figura femenina.

Era Mitzi Nilssen. Llevaba un bolero blanco, sobre cuyas hombreras se extendían los rubios cabellos.

Los ojos eran dos negras manchas, porque el *rimmel* se había desleído en lágrimas.

En el vestido gris estampado con flores negras y blancas, había una flor añadida.

Un gran rosetón de sangre al costado izquierdo del busto.

CAPÍTULO VIII

—ESTÁ muerta. Un tiro en el corazón. Hace poco, y no debió morir en este diván. La han traído; en el suelo se ve la huella de los tacones al ser ella arrastrada por los sobacos. Hasta rompieron un tacón. ¿Se da cuenta, Kent?

Hablaba la detective con aparente frialdad. Replicó Nolan:

—Parece estar esperando a alguien.

—Tal vez a usted mismo. O a mí. Usted consiguió la dirección en el sitio donde sostuvo la discusión. La señora Wagner no nos dio la dirección, pero su comentario final era como apremiarle para que viniese aquí, a hablar con Mitzi de su hermana Linda.

Había dos puertas comunicando con el vestíbulo. Empujó Nolan una, con el hombro. Daba a la cocina, y encendiendo la luz, indicó:

—Platos sucios, y mucho desorden.

La otra puerta daba a una alcoba. Un fuerte olor a violetas…

—Mire.

Miró Nolan hacia donde señalaba Hilda.

Bajo el diván había un revólver. Se aproximó Nolan, pero sin inclinarse para recoger el arma. Comentó pensativo:

Hilda Dora puso en marcha el «Olympia» apenas él se sentó a su lado.

—Vamos al cruce de Ventura Alley. Ha sido una trampa bien planeada. Alguien debió de estar al acecho, y apenas nos vio entrar en casa de Mitzi, llamó a la policía.

—De momento, el revólver ya no está allí —dijo, mostrándolo —. Lo normal sería acudir a la policía.

—Pero no sería lo adecuado. Ejecutan a Mario el martes por la tarde…

—¿Sigue, entonces, obsesionada con la idea de que Mario es

inocente?

—Más que nunca. Mataron a Mitzi porque ella podía revelar algo. Pretendiendo cargarnos a usted o a mí la culpa.

—La policía siempre busca el móvil. ¿Qué móvil podía impulsarnos a nosotros a matar a Mitzi?

—Mientras se averiguase, ¿dónde estaríamos los dos? Sometidos a interrogatorio, ¿no? Y mientras, el tiempo pasaba y Mario sería ejecutado. Pero no es eso solo lo que pretendían. ¿No adivina?

—Sí. Veo que estando nosotros discutiendo con la policía, quedaría sin tutela Glenda… Volvería a casa de la señora Wagner… ¡Maldita bruja! Ahora mismo voy a cogerla por el cuello…

—No sacaría nada en limpio, Kent. Mitzi ha muerto, pero les ha fallado lo que se proponían con respecto a nosotros. Yo sugiero que dejemos transcurrir la noche. Usted, mañana a primera hora, trate de interrogar pacientemente a Glenda. Ella tiene que recordar algo comprometedor para Mr. Tryx.

—¿Por qué no ir ahora a casa de Dorothy Wagner?

—Porque estarán prevenidos. No encontraríamos nada… O tal vez sí. A la policía. Y para explicarnos con coherencia, no disponemos de ninguna prueba. Solo indicios vagos.

—No lo comprendo. Todo parece como si nos hubiesen querido atraer aquí, pero, ¿por qué dejaron el arma? No iban a suponerse que íbamos a cogerla.

—Tenemos que irnos, Kent —apremió ella.

—Todavía no.

—Es peligroso. Pueden vernos aquí…

Se aproximó ella a la puerta de salida a la galería. Escrutando en la noche aterciopelada, que podía ocultar muchas cosas. Tal vez al asesino de Mitzi Nilssen.

Y de pronto, brotó lejano el peculiar mugido de una sirena policial.

Nolan fue cerrando los interruptores empleando, como antes, el codo.

Y asió por el codo a Hilda, para obligarla a correr hacia el «Olympia».

Intermitente se oía el mugido de la sirena, aproximándose. Arrancó Nolan en dirección contraria.

Y frenó en seco, porque Hilda gritaba:

—¡El revólver!

—¿Qué pasa con el revólver?

—Es el «Smith-Wesson» que guardaba la Wagner dentro de la maleta de Linda. Y la Wagner actuó de modo que yo coloqué mis huellas en la culata, en el seguro, en el cargador, entregándoselo después. Ahora comprendo…

Saltó Nolan abajo.

—¡Rápido! Conduzca hasta el primer sendero, y espéreme. ¡Rápido!

Corrió de nuevo en dirección al «bungalow». No necesitó encender ninguna luz para recoger el revólver, que brillaba glaucamente en el suelo, bajo el diván.

Cuando corría hacia el viraje, por el jardín de otro «bungalow», un coche policial se detenía ante el de Mitzi Nilssen.

—De acuerdo. Pero si saben dónde está usted, pueden enviar alguien a buscarla, para sonsacarle dónde está la niña.

—Nadie entra en la residencia a partir de las once de la noche. Hay cierres especiales. No se preocupe por mí. Usted sí, porque habrá sido seguido y sabrán que se aloja en el «Warrens».

—Ojalá acudiese alguien. Podría asirme a algo sólido.

* * *

Pero la noche transcurrió sin novedad.

A las nueve de la mañana, Glenda Adriani demostró su contento, repitiendo su extraño modo de besar. Frotando la nariz como un perrito cariñoso.

Y Kent Nolan se sentía desconcertado. No sabía cómo empezar el interrogatorio de una criatura, para quien la evocación debía resultar dolorosa.

Hablaron de juegos, de dónde irían a residir, de si estaba casado… Y por fin dijo Nolan:

—He estado pensando mucho en lo que me repetías tanto, peque.

—¿Y qué era?

—Eso de que tu padre… no era el que lo hizo.

—No, claro que no lo hizo.

—Pero el día… Bueno, aquella tarde, tú estabas en casa de la señora Wagner.

Glenda Adriani miró el rosal junto al banco del parque del «kindergarten».

Y dijo lentamente:

—Aquella tarde mi papá no estaba con mamá.

Impaciente, Nolan trató de buscar frases que no hirieran a la imaginativa embusterilla.

—Escucha. Tú no estabas en el departamento con tus papás. Fuiste por la mañana a casa de la señora Wagner, y allí estuviste todo el día. Y ya no volviste a los Departamentos Mirror, puesto que cuando tu mamá murió… a tu padre se lo llevaron. ¿Cómo puedes, entonces, asegurar tan firmemente que tu padre no estaba allí?

—Mamá me habló por teléfono.

—¿Cómo?… Bueno, sí te llamó por la mañana, o al mediodía, o tal vez hacia las tres.

—Me llamó por teléfono y me dijo: «¿Cómo estás? ¿Qué haces?» Le dije que estaba recortando dibujos de periódicos, de esos que llevan chistes que a mí no me hacen gracia, porque no los comprendo. Mamá me dijo: «Pórtate bien, y no hagas rabiar a la señora Wagner». Dije que bueno. Y colgué.

—Bueno, eso sería antes de las… cuatro de la tarde, claro.

—Yo estaba tendida en la cama, donde tenía que hacer la siesta, y oyendo el teléfono llegué antes que la señora Wagner. Y estaba yo a punto de colgar, cuando la señora Wagner chilló como una rata.

—¿Chilló… como una rata?

—Sí.

—¿Y qué chilló?

—Estaba junto al viejo reloj sobre la chimenea, y chilló: «¡Pero si son las cuatro!» Y adelantó la mano como para quitarme el teléfono, pero yo no la dejé.

—¿Y… entonces, qué más? —balbució Nolan.

Glenda Adriani hurgó en su falda, haciendo dobleces. Y susurró:

—No vas a creerme, tío Kent.

—¡Sí! ¡Te creo! Comprendo ahora que no hablaste de esto a nadie, porque no tenías confianza… o porque te molestaba hacerlo.

—Eso es, tío Kent. Eres más inteligente de lo que creí en un principio, cuando llegaste con cara enfadada. Me quieres, ¿verdad?

Emocionado, Kent Nolan se dejó abrazar, acariciando las trenzas doradas, y murmuró:

—Naturalmente peque. Te quiero un rato largo, caramba. No lo dudes ni un segundo, caramba. ¿Qué más pasó?

—Pues que por el teléfono oí la voz del señor Gilbert. Tiene una voz muy honda, ¿sabes? Como si saliera de un pozo. Estaba allí con mamá. Y dijo: «Cuelga el teléfono, estúpida». Mamá no era estúpida, ¿verdad que no, tío Kent?

Pagándose la mano por la garganta, tardó Nolan en contestar:

—Naturalmente que no, peque. ¿Y entonces, qué más pasó?

—Mamá me dijo otra vez: «Pórtate bien, Glenda». Y colgó, pero en su voz había «mojadura».

—¿Eh? ¿Mojadura?

—Sí. Como cuando se quiere hablar despistando que se tienen ganas de llorar, o se está llorando.

A las cuatro de la tarde. Exactamente el justo momento en que la autopsia decretó que la muerte tuvo lugar… Estaba claro. Irving Gilbert había matado a Linda…

Tenía que ir a la policía. No.

La policía aludiría a los inventos infantiles, a que se podía coaccionar a una niña, obligándola a decir lo que fuese…

—Bien, Glenda. No digas nada a nadie. Ni salgas de aquí, si no es conmigo. Yo vendré a buscarte lo antes posible. Y pórtate bien.

Repitió con insistencia Nolan a la directora su absoluta prohibición de que Glenda abandonase el «kindergarten».

Tenía que verse con Hilda a las diez. Pero cuando llegó a recogerla, le dijeron que a las ocho de la mañana se había ido.

CAPÍTULO IX

EL sitio era ideal para acechar. A un lado del porche, entre los barriles con las palmeras artificiales, había varios huecos que antiguamente debieron soportar estatuas o grandes tinajas.

Hilda Dorn, antes de instalarse al acecho, pudo ver al lechero efectuando su distribución. Y a la señora Wagner recogiendo los dos botellines. Y cuando ella cerraba la puerta por dentro, Hilda Dorn pasó a instalarse en el hueco más cercano a la puerta.

Sabía que Dorothy Wagner acudía los domingos por la mañana, a las ocho y media, al oficio de la capilla anglicana.

La vio salir endomingada, respetable con su sombrero negro, con el libro de cánticos en la mano. La vio llegar a la calle con su andar mesurado de señora viuda viviendo de una modesta renta vitalicia.

Palpó Hilda su juego de ganzúas, eligiendo al tacto la más apropiada para el cerrojo «Yale» con doble pestillo interior. Fingiría estar llamando, mientras probase de abrir.

Lo consiguió al segundo intento, y ya dentro volvió a cerrar. La casa olía a moho, a ropas largo tiempo encerradas, a sopa de coliflor…

Todo era desagradable en aquel caserón. Fue subiendo la escalera, adherida a la rampa, evitando pisar el centro de los peldaños, que era donde crujía.

Tenía el convencimiento de que en el cuarto que la noche antes había examinado brevemente, hallaría más pruebas de la presencia de Gloria Farrel.

Al aproximarse a la puerta, sin saber por qué presintió que se hallaba ante un hecho decisivo, inmediato…

Había una barra de hierro al exterior, engarzándose en sólido ajuste. La descorrió lentamente. Estaba bien engrasada.

Empujó con suavidad la puerta. El cuarto ya no estaba vacío.

Una mujer se sentaba cerca de la cabecera de la cama, dando la espalda a la puerta. Vestía un short de seda azul brillante, y una blusa de «nylon» de azul más claro.

Sus largos cabellos rubios tenían la tonalidad del trigo, y le cubrían ambos lados del rostro, que tenía inclinado sobre el regazo. Las bonitas piernas se apoyaban en sandalias de alto tacón.

Estaba contando billetes de Banco. Oía Hilda el murmullo de la voz al ir contando. Y un olor a nardos hacía más caluroso el interior de aquella alcoba.

Los billetes, nuevos, crujían.

Hilda Dorn apoyó las manos sobre el reborde, al pie de la cama. Temblaba.

Y dijo, tratando de afirmar la voz:

—Míreme.

La otra mujer dio un respingo, y una de sus manos se levantó para apartar los cabellos. Pero no se volvió. Se mantuvo tensa, erguida.

—¡Vuélvase! —ordenó Hilda.

—Váyase —fue la extraña respuesta.

Seguía sin volverse, apilando en su regazo los billetes, enrollándolos con cuidado.

—Quiero verle la cara.

Manteniendo en su mano el rollo de billetes, la mujer de la alcoba secreta se volvió. Sus ojos azules examinaron duramente a Hilda Dorn. Un rostro sin maquillar, blanquísimo.

Durante unos instantes, Hilda Dorn permaneció como petrificada. Por fin, barbotó con repulsión:

—Usted es un monstruo, Linda Adriani.

El rostro de Linda Adriani parecía también de piedra. Y los azules ojos no alteraron su dureza.

—Lo que sea, debe tenerle sin cuidado a usted. ¿Quién es usted?

—Hilda Dorn, detective. Y es horroroso verla aquí, dejando que Mario vaya a ser ejecutado por un crimen que no cometió.

Aquel semblante que debió de ser bonito, tenía la impasibilidad de una faz estatuaria. O de una persona drogada.

Y Linda hablaba como si estuviera bajo el influjo de alguna

droga. Con un tono metálico, inalterable.

—Odio a Mario. Le odié durante años, por no saber ganar dinero, por ser un soñador inútil. Él era solo un incapaz, y yo una mujer mereciendo mejor suerte.

—¿Y a Glenda? ¿También la odiaba?

—Glenda es una niña que estará mejor con mi hermano, que sabrá cuidarla. Sé que mi hermano la cuidará bien.

—Su hermano la cree muerta, Linda.

—Y eso quiero. Es hermoso vivir otra vida, alejada de mezquindades, con dinero…

—¿Aquí dentro, encerrada?

—Cuando pase algún tiempo, iré a Australia.

—Usted es un monstruo —repitió Hilda.

La faz de Linda Nolan parecía una máscara, porque su piel estaba tensa, enflaquecido el semblante, dilatados los ojos.

—Pareceré un monstruo para la gente vulgar, la gente mísera. No para los hombres como Mr. Tryx, un genio bondadoso, un…

—¡Cállese! ¿Por qué permitió que acusaran a Mario? Por el dinero, ¿no? Porque Mr. Tryx le prometió mucho dinero, muchas cosas, todo aquello de que carecía antes. A usted le tuvo sin cuidado lo que Míster Tryx pensaba hacer, y no le importa que ahora intente matar… a su propia hija.

—Glenda estará bien con mi hermano, pero también se hubiera encargado de cuidarla la señora Wagner. Míster Tryx no desea hacerle el menor daño a Glenda.

—Glenda estuvo a punto de ahogarse, atraída por Mr. Tryx.

—Eso es mentira —rebatió, impasible, Linda.

—Y Mr. Tryx no cumplirá lo que le ha prometido. Usted no irá a Australia sino a una tumba clandestinamente abierta por el propio Mr. Tryx. Usted seguirá la misma suerte que Tryx planeaba para Glenda. ¿No lo comprende? ¿No puede adivinar lo que la espera? Usted ya no puede vivir normalmente, porque cualquiera puede reconocerla, y habría una investigación que revelaría la verdad. Y así sabría todo el mundo que Mario… no fue el que mató a… la otra.

Linda Nolan sacudió los cabellos con gesto de impresionante indiferencia. Hilda Dorn avanzó un paso.

—Usted va a venir conmigo ahora mismo.

—No.

—Usted vendrá conmigo a la policía. Es usted la viviente prueba de que hubo una conjura contra Mario, para hacerle responsable de la muerte de otra mujer. Y usted tiene que venir conmigo, inmediatamente, para que Mario no sea ejecutado.

Los delgados y pálidos labios se curvaron en mueca desdeñosa. La ausencia de maquillaje convertía el rostro en la faz de una enferma.

—Aquí estoy y aquí me quedo, Hilda Dorn. Y si usted es lista, se irá antes de que vuelva el viejo dragón llamado Dorothy Wagner. Ella es fuerte, y cuando quiere es mala, mezquina y odiosa.

—Vamos, Linda.

Se aproximó más Hilda, y la otra retrocedió, ocultando los billetes en un bolsito interior de su short.

—Tóqueme tan solo y gritaré. Vendrá Dorothy, y le juro que cuando sea ya tarde, usted preferiría estar muerta que verse sometida a ciertas mañas de ciertos auxiliares de Dorothy. ¡Váyase estúpida!

—¿Qué clase de veneno tienes en el seso, Linda? ¿Cómo es posible que permanezcas aquí? Vámonos.

—Todos están ciegos, menos Mr. Tryx. Él supo comprenderme enseguida. Yo odiaba la vulgaridad de mi existencia. Colegio, después coser, esperando marido, y por eso me casé con Mario. Era guapo, y saldría de aquel pueblo aburrido.

—Vístete, Linda. Iremos a ver a tu hermano.

—Yo pensaba algún día hacerle saber a Kent que estaba viva. Después… Y en el fondo, obré así porque no quería que Glenda fuese para mí un estorbo… ni tampoco que pudiera nunca saber la clase de madre que tenía. Con Kent la pequeña estará bien. Vete…

Un obscuro y horrible pensamiento fue filtrándose en la mente de Hilda Dorn.

—¿Por qué mató Gilbert a Gloria Farrel?

—Déjame ya, y vete antes de que Dorothy te salte encima, estúpida.

—¿Por qué mataron a Gloria? Ella no podía ser un peligro, porque era dócil… Era como una niña. ¿Por qué la mató Gilbert?

Se oían míos pasos subir las escaleras. Linda Nolan señaló la cama con gesto ansioso. Hilda Dorn se deslizó bajo la cama.

La puerta fue abriéndose un poco más, y entró Dorothy Wagner. Mirando en torno, con expresión recelosa.

—Yo cerré la puerta, Linda. La encuentro abierta.

—Creyó cerrarla. ¿Qué hace aquí? ¿Otra vez espiándome? ¿Es que no puede dejarme en paz?

—Me pareció oírte hablar.

—Como acostumbro a hacerlo. Conmigo misma, y repasando la cantidad de dinero que me permitirá vivir con todos los lujos que quiero.

—Ya… Indudablemente los billetes nuevos te tienen fascinada.

—Lárguese.

La señora Wagner golpeó con la palma la barra de la cama.

—Esta es mi casa, desvergonzada.

—Una casa infecta, oliendo a bruja. ¡Eso es lo que es! —chilló Linda.

—Repítelo y probarás el látigo de terciopelo, loca.

—Tóqueme y le saco los ojos, bruja.

—Creo que últimamente estás resultando algo rebelde. Es conveniente ya que sepas quién manda aquí.

Desde su escondite, vio Hilda los cuatro pies moviéndose. El rumor de un forcejeo entre ambas mujeres, un bofetón… y un desplome sobre el lecho.

Saliendo de debajo de él se puso en pie, lamentando por vez primera que su licencia como detective no le permitiera el uso de armas de fuego. Vio junto a la puerta un bastón.

Con él se ayudaba la señora Wagner para subir las escaleras.

Dorothy Wagner cogía por el cuello a Linda, que estaba tendida en la cama.

Linda, arqueándose, trataba de levantarse. Arañaba el aire, tratando de alcanzar los ojos de Dorothy, que con fría sonrisa apartaba el rostro, obstinada en apretar la garganta de su prisionera.

Al aproximarse Hilda se volvió la señora Wagner. La fría sonrisa, mezcla de furor y contento, se trocó en expresión de incredulidad.

No había pensado que Linda pudiera tener una visita.

Los labios de Dorothy Wagner parecieron ser absorbidos, ciñéndose a las encías, mostrando los dientes.

Apartó las manos del cuello de Linda, al divisar el bastón en manos de Hilda.

Tan pronto como pudo recuperar su respiración, Linda se abalanzó como un reptil furioso. Hundiendo sus dedos en la parte superior del rostro de la Wagner.

Hilda Dorn golpeó con el bastón en la nuca de Dorothy Wagner. Esta emitió un silbido, y cayó lentamente, como un fardo vaciándose.

Linda Nolan se inclinó sobre la yacente.

—Ojalá le hayas roto la cabeza, Hilda.

—No la golpeé para matarla. La necesitaré para que declare. Vamos a atarla y la colocaremos en el otro cuarto. Donde guardaba tu maleta y tus cosas. Ayúdame.

Denegó Linda con la cabeza.

—Hay un sitio mejor para esta vieja bruja. En el sótano. Son de ladrillo compacto las paredes. A prueba de todo ruido… Me consta, ¿sabes? Y estoy casi segura de que es en el sótano donde tenían encerrada a Gloria Farrel en sus últimos días.

En sus últimos días. Los que precedieron a su horrible muerte, deformando su rostro, colocándole el anillo de bodas de Linda…

Hilda miró a la mujer tendida en el suelo, a su rostro que parecía de bruja, pese a tener los ojos cerrados.

Y miró a Linda. Una mujer que ya no estaba en sus cabales, desde el día en que empezó a ser influenciada por Mr. Tryx.

—¿Qué estás mirando así, parada tontamente? —quiso saber Linda—. Esta bruja siempre lleva unas tijeras encima.

Se inclinó, y de un bolsillo de la chaqueta sacó unas tijeras plegables. Cortó en tirillas la colcha de la cama.

—¿Qué estás haciendo ahí sin moverte, Hilda? Ven y ayúdame. La ataremos bien. Daría un millón por ver la cara que pondrá cuando abra los ojos, si es que puede abrirlos bien, y se vea en el sótano.

La luz eléctrica en la habitación de cerrada ventana, cabrilleaba en los dorados cabellos de Linda Nolan mientras iba apretando las

tirillas de tela en torno a tobillos y muñecas.

El esfuerzo le daba cierto color en las mejillas, cierta apariencia de vitalidad.

—¡Vamos, ayúdame, boba!

Hilda Dorn avanzó, y al inclinarse sobre Dorothy Wagner, no pudo reprimir un estremecimiento. Pensaba en Linda. Esta dijo:

—Me doy cuenta de que esta bruja te impresiona. Es una víbora, y la odio. Ayúdame.

Hilda cogió las piernas y Linda pasó sus brazos bajo los sobacos de la Wagner. Llegando al rellano, junto al primer peldaño, Hilda Dorn se enderezó, fatigada.

Pesaba mucho Dorothy Wagner.

Linda Nolan empujó con las manos y las rodillas el cuerpo.

—¡Abajo, señora Wagner! —rio divertida.

El cuerpo fue rodando escaleras abajo. Uno de los zapatos saltó, y bajando lo recogió Hilda. Conservaba aún el calor del pie.

Hilda, asqueada, se frotó la mano contra la falda.

En el sótano apartó Linda una cortina hecha de arpillera, y apareció una pequeña puerta, de sólida madera, entre los ladrillos.

Rebuscó arriba basta dar con un resalte. La puerta se abrió. Y pulsó Linda un interruptor. La luz mostró un espacio de apenas dos metros cuadrados.

Alguien había socavado bajo tierra para construir aquella celda.

El suelo era húmedo y había manchas como de restos de comida. Linda, inclinándose, empujó el cuerpo hacia dentro de la celda.

—Felices sueños, señora Wagner —dijo riendo, mientras daba un puntapié a la desmayada, que quedó sentada contra la húmeda pared.

—Aquí dentro se ahogará —comentó Hilda como en una pesadilla.

—Oh, no. Hay un par de agujeros para respirar. Estará tan fresca como un salchichón, solo que rabiará al abrir los ojos. Me parece que se ha aflojado un poco el atadijo de las muñecas.

Se mordió Linda el labio inferior, dubitativa. Agregó tenuemente:

—Puede que sería mejor acabar con ella.

—No. Lo comprobaré yo misma, Linda.

Era visible que la otra pensaba matar a la señora Wagner. Se inclinó Hilda para asegurar el atado.

Linda empujó con fuerza, derribando a Hilda que cayó contra Dorothy Wagner.

Y la celda quedó completamente a obscuras.

—¡Linda! —gritó Hilda levantándose, golpeando la puerta cerrada—. ¡Linda… abre!

Hubo un crujido por la parte exterior de la puerta. Entró aire por La mirilla y también la voz de Linda Nolan:

—Lo siento, porque me eras simpática, Hilda. Pero como comprenderás, no iba yo a consentir que me llevases a la policía.

—No hay aire suficiente aquí dentro para la señora Wagner y para mí.

—Hay aire sobrado, y si eres tan lista, detective, te apresurarás a apretar las ligaduras de la bruja. Porque cuando vuelva en sí, si está suelta, te dará una paliza horrible. Anda, apresúrate en asegurarla bien.

Reclinándose a un lado de la puerta, junto a la mirilla, respiró Hilda ansiosamente.

Le parecía estar dentro de una tumba… con dos ojos malignos, de bruja o de loca, espiándola desde el exterior.

CAPÍTULO X

HILDA DORN notaba los latidos de su corazón. Y notó también el leve arañazo exterior, como si un ratón mordiese en la puerta.

—¡Hilda! ¿Me oyes?

No replicó Hilda. ¿Qué podría decir? Pensó en Glenda pugnando por sacar la cabeza del agua, y el bote de Gilbert alejándose…

—Escucha, Hilda. No voy a dejarte aquí encerrada siempre.

El tono de la pobre loca era conciliatorio.

—Voy a irme arriba a empaquetar mis cosas. Tengo que vestirme, y maquillarme un poco. Recogeré mi dinero y cuando baje me dirás a donde quieres que llame. Dame un teléfono y yo llamaré para que vengan a buscarte. Pero solo cuando ya esté yo fuera, ¿comprendes?

Hilda Dorn pensó que Linda no llamaría a Kent Nolan, porque este reconocería su voz. O tal vez no, después de nueve años. Había cambiado demasiado la ingenua, cándida y puritana señorita Linda.

—¿No me oyes, Hilda? Escucha, solo debes prometerme una cosa. No dirás que me viste aquí. Además, nadie te creería, y yo solo quiero librarme de esta bruja. ¿Me prometes no decir a nadie que me has visto? Promete…

—Abre la puerta, Linda.

—Adiós, entonces. Y gracias por ayudarme a dejar fuera de combate a la bruja.

—¡Espera!

—Aquí estoy —dijo él susurro al otro lado de la mirilla.

—Es a propósito de Glenda. Tengo que cuidarme de ella. Déjame salir, Linda. Ya he aprendido la lección, y no te impediré que te vayas. Y me callaré. No diré a nadie que te he visto.

Al otro lado de la puerta, Linda Nolan meditó un poco antes de responder:

—Quiero saber dónde está Glenda.

—Ni debes tú saberlo, ni la pequeña verte nunca.

En la obscuridad, la señora Wagner se removió, gruñendo… Como un animal despertando.

—Vamos, Linda, ábreme.

—Pero no has de intentar nada para impedirme hacer lo que quiero.

—No haré nada.

—¿La bruja está volviendo en sí?

—Empieza a recobrarse.

—Bien… Entonces, voy a sacarte, porque has prometido no decir nada.

La puerta se abrió. La débil luz del sótano golpeó a Hilda como si fuera luz de pleno mediodía.

Se tambaleó unos instantes en el umbral, y apenas salió, oyó el estampido de la puerta volviendo a cerrarse. Y Linda volviendo a sujetar el cierre.

Por encima del hombro, se volvió para decir:

—Ya puedes marcharte, Hilda.

Respirando con ansia, replicó Hilda:

—Se me cayó el bolso, cuando me deslicé bajo tu cama.

Por unos instantes, entornó Linda los párpados.

—Voy a recogerlo y te lo echaré. Quédate aquí, o mejor puedes seguirme, pero no de muy cerca.

Al pie de las escaleras, se volvió, con el rostro de nuevo desfigurado par una expresión de odio. Hilda Dorn acababa de preguntar:

—¿Permitirás que Mario muera por un crimen que no cometió?

—Los que no saben ganar dinero no tienen derecho a vivir. Y además, él era un pesado. Siempre predicando…

—Pero piensa que es un hombre inocente que va a morir.

—Yo pienso en mí, en los años en que deseaba tener abrigo de pieles, diversiones, y él solo me predicaba paciencia. No le gustaba que yo bebiese. No le gustaba que yo bailase. No quería que yo saliera de noche. Era un caso de hombre pesado… Y tengo que

buscar, ahora que recuerdo… Sí, tengo que buscar dónde esconde la bruja el whisky:

Se dirigió hacia la cocina, y apenas entraba Hilda, la vio empuñando un cuchillo.

—Tomarás también un poco de licor, Hilda. Lo guarda en la nevera, y hay también cubitos de hielo. Es delicioso, ¿sabes?

Por vez primera aparecía en el rostro de Linda una expresión de complacencia. Se relamió con algo de infantil primitivismo.

Una brisa helada acarició el sudoroso rostro de Hilda al abrir la nevera. Pausadamente colocó los cubitos de hielo en dos vasos, y echó un poco de «Bourbon» en cada vaso.

Linda Nolan lo bebió con ansia. Presentó de nuevo el vaso, con expresión exigente. Escanció un poco más Hilda.

Dejando el vaso vacío, dijo Linda:

—Voy a buscar tu bolso, y no trates de engañarme.

—No pienso engañarte. Te espero.

Permaneció al pie de las escaleras, viéndola entrar en el pasillo. Buscó un sitio donde ocultarse. A un lado mismo de la escalera. No podría verla al bajar.

Dejó caer su vaso contra el peldaño. Se rompió, esparciendo un largo tintineo.

Se oyó el taconeo y la voz de Linda:

—¿Qué sucede?… ¿Dónde estás, Hilda?

Bajaba las escaleras, mirando hacia la cocina. Y al pisar el último peldaño, repitió:

—¿Dónde estás, Hilda?

Dio unos pasos hacia la cocina y entonces Hilda Dorn pudo alcanzarla, enlazándola de modo que sus brazos quedaran sujetos a los costados.

Permaneció Linda un instante erguida. Después se volvió furiosa, forcejeando con insospechada energía nerviosa.

Luchaban las dos, tratando, Hilda de dominarla, empujándola… Chocaron contra la mesa, después contra el trinchero… La mano de Linda cogió un cuchillo a la vez que daba un furioso empujón.

Hilda Dorn cayó de espaldas, tratando de levantarse rápidamente. Sobre ella se inclinaba Linda, que bajó la mano, relampagueando el acero.

Sintió Hilda un golpe en un costado, y permaneció quieta, experimentando un enorme cansancio. Un silencio completo sucedió al rumor de lucha.

Linda de pronto se apartó, chillando. Mostraba con el índice el costado de Hilda. Esta miró…

El mango del cuchillo sobresalía de su costado. Lo tocó. Estaba sólidamente clavado. No se movía…

«Debo estar muriéndome», pensó Hilda, extrañada. No sentía dolor, sino como una anestesia local.

Y Linda sollozaba:

—¡No quise hacerlo, Hilda, créeme!

Hilda cogió con la diestra el mango del cuchillo, tratando de desclavarlo.

Resistía. La hoja estaba incrustada y no quería salir.

Sin embargo, no había sangre en el cuchillo ni en su costado. Y solo sentía como si le hubiesen dado un golpe.

Arrodillada, Linda Nolan pugnó hasta arrancar el cuchillo. Murmuró:

—No quise hacerlo. Y ahora, dime lo que quieres que haga, Hilda. Llamaré a la policía, y les diré lo que me ordenó Gilbert que hiciese…

—Vete al teléfono —indicó Hilda, con entonación fatigada—. Ahora mismo. Y dile a la policía quién eres. Y que vengan enseguida.

Levantándose, suplicó Linda:

—Si me perdonas, lo haré…

—Te perdono. Anda, aprisa. Llama a la policía.

Linda Nolan se volvió para salir de la cocina. Pero quedó inmóvil, como fascinada.

Un hombre entraba. Tenía ojos de lobo hambriento, y una expresión de bienhumorada indulgencia

—Lo siente, Linda. Pero no puedo consentir que telefonees a la policía. Lo primero que harían sería detenerte por haber matado a la muy curiosa señorita Dorn.

Irving Gilbert, alias Mr. Tryx, se reclinó a un lado de la nevera.

—Siempre has sido impulsiva e inconsciente, Linda. Pero, realmente, hoy has exagerado la nota, querida. Yo tenía otros

planes con referencia a la señorita Dorn… Y no era algo tan infantil como un cuchillazo.

Se aproximó a la que parecía petrificada, cogiendo de su mano colgante el cuchillo.

—Quédate aquí, y no te acerques al teléfono. Debo deducir que lograste incapacitar a la muy capacitada señora Wagner.

—Quiso pegarme, y no lo consentí. Empiezo a cansarme de todo, Irving.

Los extraños ojos magnéticos, fosforescentes, de Mr. Tryx parecieron sumirse en medicación retrospectiva.

—Las mujeres no están capacitadas para intrigas inteligentes. Sus emociones se mezclan importunas con sus negocios, ambiciones, caprichos.

Entornados los párpados, tendida aún, Hilda Dorn estudiaba a Mr. Tryx.

Alto, de cabellos grises estriados en negro, seguramente teñidos. Rostro flaco. Grandes ojos persuasivos. Daba la impresión de un caballero extremadamente afable. Aunque acabara de mostrar una automática, mientras hablaba.

Era el perfecto «vendedor de felicidad». El consejero psicológico, el paraíso para las mentes desequilibradas de alcohólicos y maniáticos.

Movió ligeramente la pistola.

—¿Dónde está la señora Wagner?

—Arriba en mi cuarto —mintió Linda—. Está bien. Gritó un poco, pero se ha calmado. Y quiero un médico, para Hilda.

—Es una mujer detective.

—No importa. Es simpática.

—Escucha, querida… Tienes tantas posibilidades de que llame yo a un médico, como tú de llamar a la policía. Además, la señorita Dorn se está muriendo. Es posible que viva aún unos minutos, pero herida como está, en pleno corazón, la hemorragia interna tiene un desenlace fatal.

—Pero un médico… puede operar…

—Ningún cirujano puede salvarla. Además, ni se mueve… No padece, no sufre. ¿Sufre usted, señorita Dorn?

—Tengo… frío… —susurró Hilda. Y sentía un frío helado

bañarla.

—Es fatal en el proceso de agonía, señorita Dorn. ¿Dónde está Glenda?

Hilda Dorn levantó un brazo para cubrirse los ojos. Lentamente. Ya sabía ahora la verdad. El cuchillo se había clavado en el parquet de madera, después de atravesar su ropa. Aparte de un rasguño, en su cuerpo solo había recibido el golpe del mango, lateralmente.

—Está… en buenas manos.

—¿Kent Nolan?

—No —contestó Hilda.

—¿Qué dice la pequeña acerca de su papito?

—Que no mató a su madre.

—¿Algo más concreto? ¿Algo que oyese y pueda repetir?

—Solo… que usted venía aquí, y también Mitzi.

—Entonces, nada importante.

—Nada… porque usted cuenta con la complicidad de la Wagner… y además, la mujer que podía hablar, Mitzi, está muerta.

El flaco rostro de Mr. Tryx adquirió una repentina dureza. Aquel hombre era un actor soberbio. Si Hilda no hubiese estado convencida de que la muerte de Mitzi había sido una trampa planeada para hacerla aparecer como causada por ella o por Nolan, le habría parecido que la noticia de la muerte de Mitzi era una gran sorpresa para Mr. Tryx.

Había temblado, como si algo frío le invadiera…

—¿Qué dice usted, señorita Dorn? Los agonizantes suelen delirar.

—Ayer noche entré en casa de Mitzi… Estaba muerta, y usted lo sabe perfectamente, Gilbert.

Se aproximaba.

Hilda tosió y, sobre un codo, fue retrocediendo hasta quedar reclinada en la pared. Cubriéndose el costado. Si se acercaba demasiado, él vería que no había herida alguna mortal…

—Linda… Agua, por favor —pidió con voz trémula.

La pistola apuntó a Linda, que acudía con un vaso lleno de whisky.

—Se la daré yo. Apártate, Linda.

Irving Gilbert se arrodilló, presentando el vaso y retirando la

pistola.

Bebió ella un poco.

Temblaban las largas pestañas de los ojos lobunos. Aquel extraño monstruo parecía muy impresionado…

—Usted sabe bien cómo murió Mitzi —insistió Hilda—. En su «bungalow» de Blendorm. Usted sabe cómo murió. Puesto que usted es un asesino de mujeres…

Mr. Tryx, levantándose, retrocedió. Comprendía Hilda por qué la pistola le había parecido tener un largo cañón. Un silenciador…

Linda Nolan saltó hacia delante, como una fierecilla furiosa. Intentando arañar los magnéticos ojos.

Mr. Tryx dio otro paso atrás. Iluminado por el fogonazo del silenciador… Linda Nolan se detuvo, crispando las manos en torno a su busto.

Cayó de rodillas.

La pistola apuntó hacia Hilda, que cerró los ojos. La voz masculina murmuró en tono lastimero:

—Te lo buscaste, Linda. No tenga prisa en morir, señorita Dorn. La tuvo Linda.

Y Gilbert salió de la cocina.

Hilda esperó unos instantes. Después no tuvo más que dar dos pasos, para arrodillarse junto a Linda Nolan.

El aliento era débil. Una extensa mancha rojiza iba destilando por entre los dedos zurdos de Linda Nolan.

—El dinero… cógelo… Te lo doy, Hilda… Para ti…

Apretó los labios, dilató los ojos, y se quedó muy quieta, totalmente quieta. Se inclinó algo más Hilda. El aliento se había extinguido.

Linda Nolan, ahora, había muerto.

Y Hilda, levantándose, se aproximó al trinchero. Eligió el cuchillo más largo. Sentía un salvaje deseo de matar a Mr. Tryx, «vendedor de felicidad».

CAPÍTULO XI

IRVING GILBERT debía estar sacando de su celda a Dorothy Wagner, o tal vez la bruja ya estaba libre. Hilda Dorn se aproximó al salón contiguo.

Y oyó la voz de Gilbert. Tenía un toque agudo, irritado:

—… ¡pero no Mitzi, Mitzi no!

Hilda cerró prietamente la palma en torno al mango del cuchillo.

—¡No tenía usted derecho a sacrificar a Mitzi!

Gilbert gritaba furiosamente, y se oyó un golpe como si a la vez descargase la mano sobre la mesa, o tal vez el tacón contra el suelo.

La otra voz contestaba en tono muy bajo.

Se aproximó más Hilda al umbral. Y oyó la réplica de Mr. Tryx:

—Lo planeó todo para favorecerle. Conseguí que culpasen a Mario, y que la muerta pareciese ser Linda. Me convertí en asesino para favorecerle —insistió—. Y aún peor… hasta hubiese matado a una chiquilla. ¿Cree usted que esto me gustaba? ¿Quién me ayudaba a soportarlo? Mitzi. ¡Y usted la mató!

La voz se truncó en sollozo masculino.

Mr. Tryx había amado a la vulgar rubia de los contoneos y parpadeos. Y era verdad que ignoraba su muerte.

Hilda Dorn asomó un poco el rostro.

La primera persona que vio fue a Harold Clancy.

El abogado, el simpático sobrino de Richard Durgan. Que sonreía mientras Irving Gilbert decía lamentablemente:

—Yo solo he amado a Mitzi…

—Y ella sabía demasiado. Además, declaró a una amiga que le estaba gustando mucho Kent Nolan… Por eso tenía que ser suprimida.

Y entonces, Harold Clancy vio a Hilda.

Tenía en su diestra una automática, que apareció como por encanto, y la dirigió hacia el umbral.

Irving Gilbert dirigió la suya hacia el abogado. Disparó y a la vez se arrodilló tras la mesa.

Harold Clancy permaneció un instante, ojos cerrados. Los abrió, y cuando asomaba Gilbert la frente y los ojos, disparó a quemarropa. Un solo balazo, pero definitivo.

Irving Gilbert alzó las dos manos, su pistola cayó, y pareció frotarse el entrecejo durante unos segundos. Después, lentamente, se sentó sobre los tacones, y por fin, cayó de costado, muerto.

Harold Clancy, arqueando una ceja, volvió a mirar hacia la puerta.

—Tuve que intervenir y celebro haberlo hecho a tiempo, señorita Dorn.

Hilda Dorn permaneció en el umbral. Eran demasiadas emociones consecutivas. No podía reaccionar normalmente.

—He oído lo que decía Mr. Tryx. Le he oído acusándole de haber asesinado a Mitzi. ¿Por qué… dejó usted que su tío creyese que Gloria Farrel seguía viva?

Harold Clancy alzó los hombros. Miraba el cuchillo colgando de la diestra de Hilda.

—Ya que lo averiguó, sería necio defenderme. Gloria murió por una razón evidente. Y no me convenía que lo supiera mi tío. Yo quería que él se convenciese de que Gloria era una ingrata. Cuestión de herencia, ¿comprende?

—Pero, ¿por qué tenía ella que morir?

Los ojos amables la contemplaron, en silencio los labios sonrientes.

Y ella misma se contestó:

—Gloria sabía que usted era un cómplice de Mr. Tryx, que usted sabía que Mr. Tryx logró seducirla… que usted formaba parte de la extraña banda de Mr. Tryx.

—Permita que la corrija, Hilda. Gloria se enteró de que yo había convencido a Mr. Tryx para que la apartase del lado de mi tío. Se excitó mucho al enterarse. Y en su limitada condición mental, quiso escapar. Se lo impedimos, y surgió el fatal accidente, al caerse ella

y chocar contra un peldaño de esta casa, golpeándose la sien…

—Pudieron simular que era un suicidio, un accidente…

—Los suicidios determinan mucha investigación. Hacía ya algún tiempo que Gilbert (que en paz descanse) había puesto los ojos en Linda Adriani. La eligió por su parecido con Gloria. Su talla, su cuerpo, sus cabellos… Y deformando el rostro, hallándola Mario en las escaleras por donde subiría aquella tarde… Suelte el cuchillo, señorita Dorn. No pienso herirla… Y realmente es asombroso… Mr. Tryx estaba convencido que usted agonizaba…

Se iba acercando, y ella lo permitió.

Porque a su lado, oculto por la pared, hacía ya un instante que Kent Nolan apoyaba la diestra en su hombro.

Y sintió un gran afecto por Kent Nolan, el perfecto escolta, porque acudía en el momento preciso.

Harold Clancy iba aproximándose, y ella retrocedió a un lado. Él dijo burlón:

—No juguemos al escondite por más tiempo, Hilda…

Asomó primero la mano que sujetaba la automática.

Kent Nolan se arqueó, levantando hacia arriba el brazo armado. El disparo hizo llover yeso del techo.

Kent Nolan se convirtió en un torbellino, y Harold Clancy en un sangriento pelele. La policía lo encontró muy magullado, pero apto para interrogatorio.

* * *

Gloria Farrel no había muerto al caerse por las escaleras en la casa de la señora Wagner. Solo una herida en la sien. La habían trasladado por las escaleras de servicio al departamento de Linda Adriani.

Y allí lo planearon todo entre Gilbert y Harold Clancy. Dos toallas en torno a la cabeza de Gloria Farrel. Un martillo propiedad de Mario Adriani.

Linda Adriani había fingido la pelea con Gilbert, que imitaba la voz de Mario. Para que lo oyese el lavador de cristales.

Después se asomó la encargada, convencida que Linda estaba asustadísima ante su violento marido.

Gloria Farrel dejada sobre un peldaño, con el rostro mutilado.

Linda yéndose con Gilbert cuando, desde una ventana, vieron a Mario doblar la esquina.

La muerte de Mitzi Nilssen había sido planeada entre Harold Clancy y Dorothy Wagner, sin que lo supiera Gilbert.

Suponía acertadamente Clancy que Nolan y Hilda tratarían de registrar el «bungalow». Y bastaría que uno de los dos marcara sus impresiones digitales en el revólver.

Apenas conseguido que Hilda tuviera en sus manos el «Smith-Wesson», Dorothy Wagner entregó el revólver a Clancy, que sabía dónde hallar a Mitzi. La llevó en su coche, matándola por el camino hasta Blendorm, y la dejó en el diván.

Una gran redada recogió a todos los componentes del Círculo Tryx. Se comprobó que Mr. Tryx tenía organizado un negocio de chantaje.

* * *

—…realmente, lo debe usted a su propio cuñado, Mario —dijo el inspector de policía que aguardaba a que acabase de mudarse Adriani la ropa de condenado a muerte, por la de paisano libre.

Mario Adriani siguió en silencio.

—No le soy grato, y lo comprendo, Mario. Pero debe hacerse cargo que Mr. Tryx planeó todo… de modo hábil. La propia póliza de seguros sin fecha, a su nombre…

Mario Adriani, anudando la corbata, asintió. En silencio, siguió al inspector y celadores, a través de varios rastrillos.

—En la sala junto a la puerta exterior, le espera Kent Nolan. Supongo que prefería su compañía a la nuestra, Mario. Y no olvide, que la póliza de seguros tiene validez. Hemos demostrado que Linda murió accidentalmente. Son diez mil dólares, Mario.

Volvió Adriani a dar una cabezada de asentimiento. Parecía totalmente alelado. En la sala junto al rastrillo final, Kent Nolan tosió nerviosamente.

Mario Adriani también.

En silencio, se estrecharon la diestra, sacudiéndola prolongadamente…

—Es domingo, Mario. Y creo que si llevamos a la peque a merendar, se va a poner muy contenta.

—Seguro —murmuró roncamente, Mario Adriani.

El celador abrió la puerta final. En la explanada, Mario Adriani se estremeció, acelerando el paso.

Llegando a la carretera, dijo:

—Gracias por todo, Kent.

—En realidad, fue Hilda la que lo descubrió. Es preciso que hablemos claro, Mario. La pobre Linda no estaba en sus cabales, ¿comprendes?

—Comprendido. Tengo sed, Kent.

—Y yo, muchacho, caramba. Mucha sed.

En la cantina, Mario Adriani pidió cerveza. Apuró dos dobles seguidos.

Pagó Nolan. Y en la carretera, señaló el viejo «Olympia».

—Nos llevará pronto al «kindergarten». La peque está con Hilda. He pensado algo formidable, muchacho. Te vienes conmigo a Nueva York. Me propongo invertir parte de mis ahorros en un garaje. Lo llevaremos a medias. Un buen negocio. Y la peque estará bien, porque… tendremos con nosotros a mi esposa. Resulta que Hilda es muy sensible, y se ha encariñado con la peque… Bueno, y también conmigo.

El rostro endurecido, magro y adusto de Mario Adriani se distendió en una sonrisa. Palmoteo el ancho hombro de su cuñado.

—Vamos bien, cuñado. Hemos de pensar en la peque. ¿Qué… voy a decirle?

—Ya preparó la cosa Hilda. Oye, es una chica estupenda… Entiende de críos que es un primor. Le ha dicho a la peque que te tenían encerrado, hasta aclararlo todo. Y desde un principio la peque se cansó de repetir que tú… que tú era imposible que hicieses nada malo. Bueno, olvidaremos pronto. Se trata de olvidar pronto… por la peque.

* * *

Un hombre llorando en silencio, sonreía, mientras su hija, emitiendo ruiditos bastante parecidos al ronroneo de un gato, iba cabeceando en el hueco de su hombro y cuello.

Kent Nolan intervino con mucha elocuencia:

—Bueno, estamos a domingo, y el tío Kent paga la merendola.

Esta misma noche cogemos el tren para Nueva York. Verás qué viaje, peque… ¡Caray, qué viaje!

Hilda Dorn, asiendo por el codo a Kent Nolan, susurró:

—Delante de una niña no se dicen palabronas, Kent.

—Eso es, eso es.

Glenda Adriani contempló unos instantes a Hilda, y preguntó:

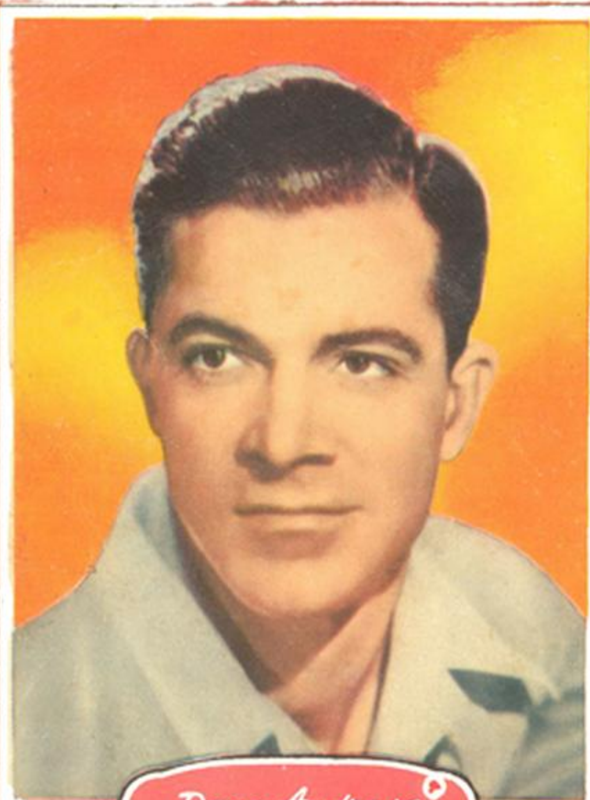
—Oye, papá; si Hilda se casa con mi tío Kent, ¿qué será ahora? No me gusta eso de llamarla tía Hilda. Aunque no suena mal, ¿eh?

Mario Adriani asintió, sonriente. Y miraba todo en torno, como si fuera un espectáculo desconocido, maravilloso.

El mismo que veía Kent Nolan en los rendidos ojos de Hilda Dorn

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





N.º 367 Nacido en Mississipi, en 1912. Dana es actualmente uno de los actores independientes más cotizados. Alcanzó la fama con "Los mejores años de nuestra vida". Recientemente ha intervenido en "Doce horas de vida" y "Duelo en la jungla".

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: $ 4